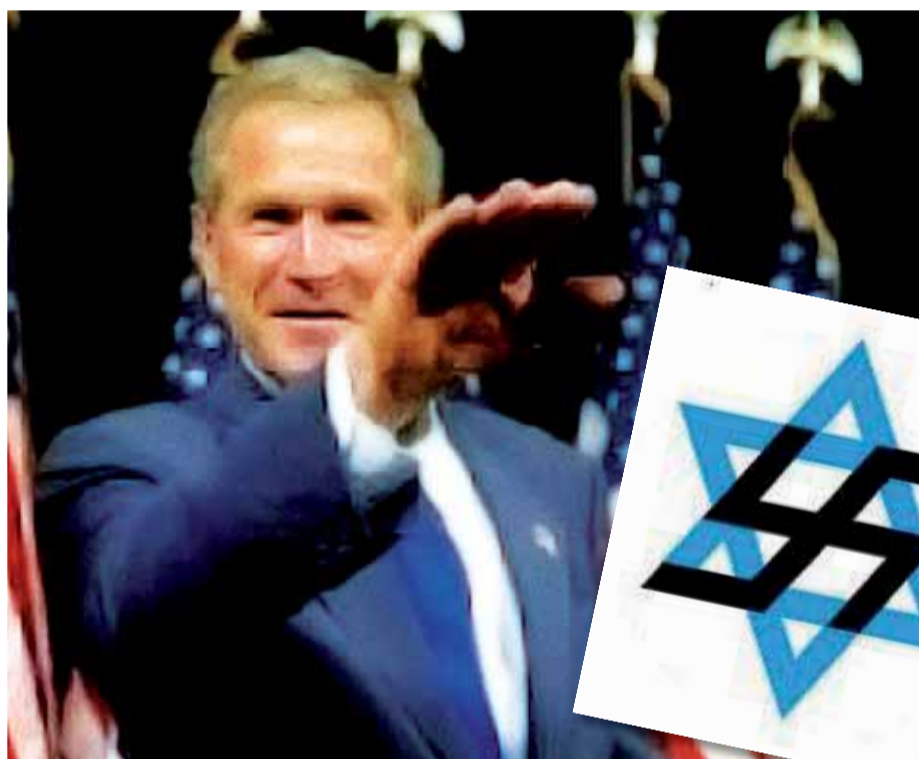


irreverentes

La desgracia de don Quijote no es su fantasía, sino Sancho Panza (Franz Kafka)

Crear en tiempos de genocidio

nos preguntamos, con infantil buena fe, si se puede dedicar el tiempo a la literatura, al arte, mientras Israel bombardea impunemente a los palestinos y asesina al menos a 1.300 de ellos en unos días. ¿Se pueden escribir historias de príncipes y princesas, de fogosos romances, de noches en la ciudad, de drogas y alcohol, cuando EEUU y sus ejércitos aliados ocupan países en los que ya no se contabilizan los muertos porque ha perdidos el interés, como Afganistán e Irak? ¿Se puede crear belleza cuando por enésima vez hay corrupción –latrocinio desvergonzado, espionaje, ocultación de datos- en los políticos del país y quizá en la judicatura? La respuesta tiene mucho que ver con Bocaccio y la Europa de la Peste Negra. >Pag. 2



Santiago Martín Bermúdez y Díaz Escobedo Premios Irreverentes

el ganador del Premio Nacional de Teatro, Santiago Martín Bermúdez, se acaba de convertir en triunfador del III Premio El Espectáculo Teatral con su obra "Elogio de la cazadora", sobre el nuevo papel social de la mujer. Por su parte, Álvaro Díaz Escobedo es el ganador del I Premio Incontinentes de Novela Erótica con su obra "El mentalista", una historia de amores perversos que transcurre en un crucero. Historias de tiempos complejos. >Pag. 2



El mundo de la cultura con Leguina

joaquín Leguina y Ediciones Irreverentes lograron el mayor lleno registrado en la Casa del Libro al presentar "Cuernos retorcidos", el excelente libro del autor cántabro que tiene como protagonistas a Fernando Arrabal, al Ché Guevara, Malraux, Picasso, Churchill, Zapatero, Marlen Dietrich, y Jorge Semprún, entre otros. Los presentadores de este libro culto, ácido y sorprendente fueron Pilar Cernuda, Juan Manuel de Prada y Miguel Ángel de Rus. >Pag. 3

Irreverentes llena de actos culturales toda España

Luis Alberto de Cuenca, Sasi Alami, Joaquín Sánchez Vallés, Miguel León y Manuel Cortes Blanco han presentado diversos libros durante las últimas semanas en Madrid, Zaragoza, Huesca, Jaca, Calatayud, Barbastro, Marbella, León, Valladolid, Orihuela, Murcia y Valencia.. Desde la Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla o el Paraninfo de la Universidad de Murcia, hasta las librerías más pequeñas y ágiles, pasando por el eterno Café El Espejo, Irreverentes ha llenado España de palabras bellas y necesarias. >Pag. 15



16 - Marzo 2008

Relatos y artículos

- 250 años de terror > Pág 3
- Gernika Isabel M^a Abellán > Pág 4
- Mal rollo Antonio López del Moral > Pág 5
- La delgada línea Francisco Legaz > Pág 6
- La misión Santiago García Tirado > Pág 7
- Malos modos José Antonio Rey > Pág 8
- Vacilaciones Carmen Matutes > Pág 9
- Reales narices de cera y El acelerador de partículas Alberto Castellón > Pág 10
- Habitantes de las profundidades José Melero > Pág 11
- Una taza de té con la abuela Álvaro Díaz Escobedo > Pág 12
- La ciudad crepuscular Pedro Antonio Curto > Pág 13
- Es decir poco Miguel Ángel de Rus > Pág 14
- Hazañas patrias: Soberanismo equinoccial Rafael Domínguez Molinos > Pág 16



www.abdurdafabula.com

Diseño gráfico

Diseño web

www.abdurdafabula.com



Editorial

a menudo nos preguntamos, con infantil buena fe, si se puede dedicar el tiempo a la literatura, al arte, mientras Israel bombardea impunemente a los palestinos y asesina al menos a 1.300 de ellos en unos días. ¿Se puede hablar de mundos soñados cuando Israel ha perpetrado un genocidio en el que se ha llevado a la nada a más de cuatrocientos niños? ¿Se pueden escribir historias de príncipes y princesas, de fogosos romances, de noches en la ciudad, de drogas y alcohol, cuando Estados Unidos y sus ejércitos aliados –entre ellos el nuestro– siguen ocupando países en los que ya no se contabilizan los muertos porque ha perdido el interés, como Afganistán e Irak? ¿Se puede crear belleza cuando por enésima vez hay corrupción –latrocinio desvergonzado, espionaje, ocultación de datos– en los políticos del país y quizá en la judicatura?

La respuesta es SÍ. En la Europa de Boccaccio murió entre un cuarto de la población y la mitad debido a la peste negra. En la Francia de los juglares, la Santa Inquisición de la Iglesia Católica asesinaba a los cátaros de los modos más crueles imaginables, entre ellos la hoguera. La España de Francisco de Quevedo, Lope de Vega,

Tirso de Molina y Miguel de Cervantes estaba, como no, bajo la violencia de la Santa Inquisición, en tiempos en los que pensar se pagaba con la muerte. La Francia desangrada por las guerras de

se haría larga, y es conocida, la lista de grandes obras aparecidas durante las dos guerras mundiales y durante la guerra civil española. Muchos de aquellos autores murieron en el exilio, de tristeza,

forman los ejércitos, los grandes empresarios enriquecidos con las guerras, quienes se sientan con sonrisa bovina delante de su televisor a ver la masacre diaria. El mundo de las personas vulgares –Jefes de Gobierno, de Estado, grandes millonarios, líderes religiosos, y sus seguidores– es insensible, zafio, deleznable, arremete con su sola existencia y cuando puede lo hace además con sus armas y sus crisis. El creador y al amante de aquella creación sólo busca huir de tanta mezquindad, de la ruina del mundo de la mayoría, de su despreciable falta de ética y de estética. Como dijo Boccaccio, “mi culto, la divina poesía. ¡Ah, que yo pueda por medio de la venerable persona de Petrarca llegar a vencer las miserias de la fortuna, las angustias del amor y a despojarme de toda vulgaridad!”

Ya que no somos lo suficientemente fuertes ni valientes para acabar con los canallas –que son la inmensa mayoría– e imponer las utopías y la única religión aceptable, la BELLEZA, nos contentamos con soñar mundos. Asumimos que somos débiles.

*La opinión del editorial no tiene por qué coincidir con la de los autores; la de los autores no tiene por qué coincidir con la del editorial. Si no coincide con nuestro punto de vista, no se preocupe; procuramos moderarnos al escribir estas líneas.



Napoleón –y que desangraba a Europa– veía aparecer las mejores obras de Alexandre Dumas, Chateaubriand, Honoré de Balzac, Victor Hugo y Alfred de Musset, entre otros. Por último,

se suicidaron o fueron asesinados, pero sobrevivió su obra.

¿Escribe el autor por insensibilidad? No. Insensible es la sociedad, sus dirigentes, quienes les votan, quienes

Álvaro Díaz Escobedo, I Premio Incontinentes de Novela Erótica

Álvaro Díaz Escobedo ha ganado la primera edición del premio Incontinentes de Novela Erótica, convocado por Ediciones Irreverentes, por su novela “El mentalista”, una novela erótica para paladares selectos, de aquellas novelas que transcurrían en cruceros con hombres misteriosos, lujo y grandes pasiones. El Premio le fue entregado en la Casa del Libro por Manuel Domínguez Moreno Presidente del grupo de medios editor de Cambio 16 y Cuadernos para el Diálogo. Fueron finalistas Luis Daniel Hernández Villar por “Bajo las pupilas del amor” y “José Luis Martí, por “El coleccionista de Bragas”



Santiago Martín Bermúdez, III Premio El Espectáculo Teatral por “Elogio de la cazadora”

el teatro Valle Inclán de Madrid acogió la entrega del III premio El Espectáculo Teatral, dentro de la programación de MadFeria, la Feria de Artes Escénicas de Madrid. Santiago Martín Bermúdez, ha sido el ganador de la III edición del Premio El Espectáculo Teatral por “Elogio de la cazadora”, obra que trata el nuevo papel amoroso y social de la mujer. Martín Bermúdez fue Premio Nacional de Literatura Dramática 2006. Han sido finalistas de esta tercera edición Jaime Romo, por “Capital Golondrina” y Pedro Manuel Villora, quien ha recibido una Mención Especial del Jurado, por “El juglar del Cid”.



Staff

Director
Miguel Ángel de Rus

Coordinación
Vera Kukharava

Redacción
C/ Martínez de la Riva, 137

Correo electrónico:
edicionesirreverentes@yahoo.es
http://www.edicionesirreverentes.com

Delegación Madrid
Antonio López del Moral
Francisco Legaz
Rafael Domínguez
Eduardo Campos

Delegación La Mancha
José Enrique Canabal

Delegación Andalucía
José Melero y Alberto Castellón

Delegación Murcia
Isabel María Abellán

Delegación Cantabria
Álvaro Díaz Escobedo

Delegación Galicia
José Antonio Rey

Delegación Comunidad Valencia
Santiago García Tirado

Delegación Asturias
Pedro Antonio Curto

Delegación Reino Unido
Carmen Matutes

Diseño
DinA3 (nachoifr-dis@yahoo.es)

Impresión
Imcodavila

Depósito legal
AV-51-0

Alrededor de 200 personas en la presentación de "Cuernos retorcidos" de Joaquín Leguina

La prestigiosa periodista Pilar Cernuda y los escritores Juan Manuel de Prada y Miguel Ángel de Rus acompañaron en la Casa del Libro a Joaquín Leguina en la presentación de su libro "Cuernos retorcidos", antes cerca de 200 personas, entre las que se encontraban un importante grupo de escritores, periodistas, diputados y senadores. Este libro, que se ha convertido en un éxito de crítica y lectores, es una marginalia de relatos, artículos y ensayos que tiene como protagonistas a Fernando Arrabal, al Ché Guevara, Malraux, Picasso, Churchill, Zapatero, Marlen Dietrich, y Jorge Semprún, entre otros. Afirmó Leguina en la presentación "En este libro hay cuernos porque la vida está llena de engaños y de desengaños. El libro se inicia con un relato sobre Churchill, que acababa de ganar la segunda guerra mundial y que perdió las elecciones en su país. ¿Qué cuernos mayores hay que ser despreciado por tu



pueblo?" En este libro, el más personal de la carrera literaria de Joaquín Leguina, se da la circunstancia de estar escrito nada más abandonar la vida política "Tienes que dejar la política en algún momento; no

vas a dar la batalla siempre. Lo que estoy haciendo es distanciarme, tomar más perspectiva con la realidad. Eso me permite ser más crítico, y como sucede en Cuernos retorcidos, incluso más sarcástico."

Tres exitosas presentaciones de "250 años de terror"

Ediciones Irreverentes ha presentado el libro "250 años de terror" en la Casa del Libro de Madrid, en la Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla y en la Asociación Cultural S.XXI de Alcorcón, con la participación de autores como Miguel Gómez Yebra, Manuel Villa-Mabela, Francisco Legaz, Tomás Pérez Sánchez, Hernández Garrido y Miguel Ángel de Rus, con gran éxito de público y una excepcional acogida en los medios especializados en terror. "250 años de terror" es una extraordinaria antología en la que se han reunido a los más prestigiosos autores de este género literario. Se abre el libro con extraordinarios clásicos como Potocki, von Kleist, Pushkin, Dumas, Mérimée, Gerard de Nerval, Baudelaire, Bécquer, Villiers de l'Isle Adam, Guy de Maupassant, Emilia Pardo Bazán y Anton Chejov para llegar a autores del S.XX y XXI

como Horacio Quiroga, Saki, Lovecraft, Alvaro Díaz Escobedo, José Enrique Canabal, Miguel Gómez Yebra, Manuel Villa-Mabela, Francisco Legaz, Tomás Pérez, Miguel Ángel de Rus y Raúl Hernández Garrido. Es una muestra de la evolución del concepto de terror en el último cuarto de milenio.



Novedades de Ediciones Irreverentes





Gernika

Los aplausos le hicieron regresar, se sentía aturdido, no recordaba en qué momento había dejado de escuchar. Se levantó con lentitud, de repente se sentía muy cansado. Miró a su alrededor, los asistentes puestos en pie no dejaban de aplaudir. El embajador alemán había bajado del estrado y se había acercado a estrechar la mano de los más próximos. De pronto su mirada tropezó con la de ella. Fue entonces cuando la avalancha de voces empezó a atenuarse, se fueron acallando los aplausos, la Sala de Juntas volvió a quedarse desierta, se apagaron las luces. Otra vez estaban solos, como aquel día.

Su madre estaba inclinada sobre la cesta, Luis sujetaba sus gafas de montura negra, tenía la nariz tan pequeña que siempre se le resbalaban. En realidad él iba al mercado con ella para sujetarle las gafas cada vez que ella se inclinaba a meter algo en la cesta, todavía era muy niño para que su madre le dejara llevar peso, si acaso algo liviano, como los huevos o los tomates. Fue entonces cuando todo se puso negro y ya no recordó nada más. Cuando despertó estaba tumbado en el suelo, alrededor una nube de polvo oscuro, le pareció escuchar el sonido de una sirena, pero luego comprendió que lo que escuchaba era el recuerdo de su silbato aterrador, no podía oír nada, debió ser aquella explosión tremenda, se le habían taponado los oídos, o a lo mejor se había quedado sordo. No entendía nada. Quiso incorporarse pero resbaló y dio de bruces en el suelo. Fue entonces cuando vio su pelo negro en el suelo, las gafas habían salido volando y se habían hecho añicos. Luis alargó la mano y recogió los trozos.

Mamá, tus gafas.

Luis miraba su cabello negro esparcido en el suelo, alborotado, no podía ver su cara. Su madre estaba muy quieta. Entonces sintió mucho miedo. ¿Por qué estaban ellos dos en el suelo? Miró a su alrededor, de entre la nube de polvo emergieron otros cuerpos silenciosos, todos tirados en medio de la calle. Alargó su mano, quería tocar su cara. Fue entonces cuando vio la sangre, estaba en su mano y por el suelo, también en su ropa y en el pelo de su madre. Se acercó reptando hasta ella. Apartó el pelo de su cara. Tenía los ojos cerrados. La acarició con ternura. Mamá, repitió muy fojito. Buscó con la mirada la cesta donde ella estaba guardando las patatas que acababan de comprar, fue entonces cuando vio toda la sangre que recubría su cuerpo.

Un sombra oscureció aún más aquella noche repentina. Alzó los ojos y vio a aquella niña, llevaba el pelo peinado en dos trenzas, la ropa se le había quemado por varias partes, tenía en los ojos una expresión extraña. Luis se puso de pie.

- ¿Qué te pasa?
La niña lo miró sin entender lo que le decía. Luego siguió caminado, parecía sonámbula. A lo mejor aún estaba dormida. Al darle la espalda Luis vio la sangre ya seca



Isabel María Abellán

en los jirones de su ropa. La siguió despacio, miró hacia atrás varias veces, el cuerpo de su madre se alejaba. Luego ya no pudo verla más.

Salieron del pueblo, la niña caminaba dando trompicones, parecía que iba a caerse, pero no lo hacía, seguía caminando. Luis la cogió de la mano. Había otras sombras que también caminaban sonámbulas, todos tenían la mirada perdida, nadie parecía saber hacia dónde se dirigía, sólo caminaban.

**El embajador alemán
había bajado del estrado
y se había acercado
a estrechar la mano
de los más próximos.
De pronto su mirada
tropezó con la de ella.**

**Fue entonces cuando
vio la sangre, estaba en
su mano y por el suelo,
también en su ropa y
en el pelo de su madre.**

de pronto escuchó el frenazo de un coche y unos pies que se acercaban corriendo. Alguien, en un idioma que nunca había escuchado, les ofrecía agua. Luis miró a aquel hombre sin saber de dónde había surgido, luego vio la cantimplora en su mano y la cogió, con cuidado abrió la boca de la niña y echó agua en ella, luego bebió él y se la devolvió al extranjero. El hombre hablaba muy deprisa, Luis lo escuchaba lejano, poco a poco empezaba a oír un poco. De pronto el hombre se puso de rodillas, lo cogió por los hombros, y lo obligó a mirarlo. Estaba cubierto de barro, parecía que a él también lo hubieran alcanzado las bombas. Entonces, gritando mucho para que a pesar de su momentánea sordera lo escuchara aunque fuera un poco, le dijo.

- ¿Dónde están tus padres?

aquel hombre tenía un acento muy raro. En ese momento una sombra oscura llegó corriendo donde ellos estaban. Era el padre Gorka, al ver a los dos niños cogidos de la mano y cubiertos de sangre, se arrodilló junto a ellos y los abrazó llorando. Luego, se volvió hacia el extranjero y hablando muy despacio le dijo que él se hacía cargo de ellos. Fue entonces cuando Luis vio por primera vez todos aquellos cuerpos tumbados a lo largo de la cuneta, eran los que como ellos habían conseguido salir con vida de aquel infierno.

La niña se acercó donde él estaba, tenía ahora los ojos muy brillantes, la cara surcada por arrugas, pero seguía siendo aquella niña de las trenzas y el vestido hecho jirones. Vamos, le dijo.

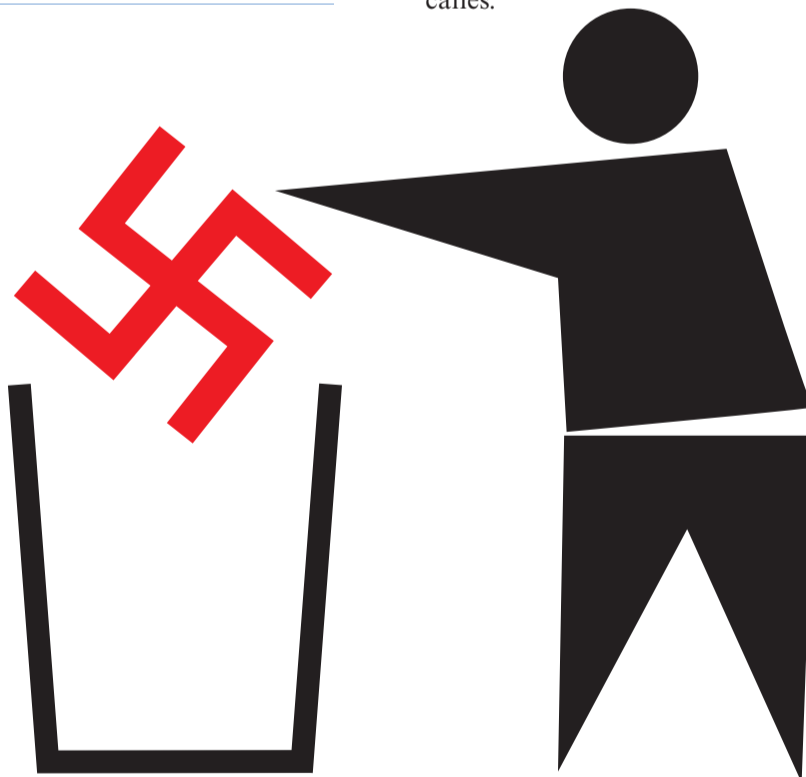
Cogidos de la mano salieron lentamente del Salón de Juntas, luego, caminando muy despacio se perdieron entre el laberinto de calles.

<http://isabelmabellan.blogspot.com>



Últimos libros de la autora:

- El silencio perturbado
- El último invierno
- La línea del horizonte



**El silencio perturbado,
III Premio Internacional
Vivendia de relatos**

ISABEL MARÍA
ABELLÁN
EL SILENCIO
PERTURBADO

Mal rollo

La noche en que supe que todo iría mal, estaba fumando un cigarro, pensando en la muerte y apurando los restos de una botella de bourbon. Junto a mí, Ulises acababa de meterse el último tiro de farlopa.

Es lo que tiene la coca: nunca te miente, como decía Eric Clapton, hasta que empieza a hacerlo, claro, y eso no venía en ninguna canción. Ulises, decía, acababa de regresar del baño, con los ojos húmedos, las pupilas dilatadas y la conversación tan acelerada como una ráfaga de ametralladora. Yo en su situación solía ponerme nerviosísimo, pero a él la coca parecía asentarle la personalidad. La coca es una droga extraña, muestra, a pesar de que no pretende mostrar nada, y derriba, a pesar de que supuestamente debe levantar. El problema es que cuando la estás tomando, sabes todo eso, pero te tiene sin cuidado.

Ya hablaré de la coca en otra historia; ahora me interesa hablar de cómo El Cubano era capaz de esquiarse sobre esa nieve blanca. De pronto sacaba una bolsa de medio kilo, o un kilo, qué más daba, de nunca supe dónde, y la dejaba caer sobre la mesa, como si pusiese sus cartas boca arriba. Cogía una de sus tarjetas de crédito y comenzaba a formar la espiral, círculos concéntricos sobre el suelo del minúsculo estudio de protésico dental de su padre, y, observando aquellas circunvalaciones me sentía empujado hacia un sueño de la razón, el monstruo de la cotidianeidad súbitamente materializado en mi plan perfecto de vida alternativa. Tardé en comprender que no había locura más allá de tus piernas, amor, que las pasiones, y los sueños, eran sólo la cara oculta de mi obsesión, y que esa obsesión me llevaba directamente a tu cama. Ulises se afanaba en el radiocasette con una cinta de Adalberto Santiago, intentando esquizofrénicamente hacerla sonar sin ponerlo en marcha, hasta que se percató del absurdo y me entregó el aparato para que yo lo hiciera funcionar. Dado que me encontraba un tanto perjudicado por el bourbon, le di un par de vueltas en las manos, sin saber muy bien qué hacer con él. Alberto, que acababa de entrar por la puerta, me lo quitó de un manotazo y lo pisoteó concienzudamente hasta pulverizarlo. Yo estaba acostumbrado a aquellos arrebatos, y pensaba que consecuentemente el Cubano también, pero Ulises se levantó de golpe y le abofeteó.

¡Qué haces, conchatumay! ¡Te volviste loco!

En ese momento, Alberto me dio un poco de pena, con su cuerpo de gorila, sus movimientos de paquidermo, su oligofrénica sonrisa. Era un tipo peligroso, y ya he contado que yo no me sentía del todo seguro a su lado (nunca sabías cuando o con quién iban a cruzarse los cables), pero cuando le vi, grande y torpe, repentinamente humillado por Ulises, no pude evitar sentir lástima por él. Bebí un sorbo de mi Four Roses y traté de pensar en Laura, en la debacle, y cuando comenzaba a abstraerme, me llegaron los ecos del ajetreo.

acababan de surgir varios tipos, de donde nadie sabía, y estaban rodeando a Ulises y a los otros, y se aproximaban más, y chillaban, casi ladraban, algo acerca de un material no todo lo puro que cabía espera. Ulises, tan tranquilo, casi serio, con esa media sonrisa que nunca se quitaba, no perdía la calma, el cabrón, ni la sonrisa de caimán, esa sonrisa que, según Dashiell Hammet, consiste en sonreír sólo con



Antonio López del Moral



La coca es una droga extraña, no miente, o quizá sí.

la boca, y no con los ojos. La sonrisa de caimán, las manos en el bolsillo de aquel gabán que no llevaba, los ojos vidriosos y el puño de acero, americano. Lo sacó, de repente, para estrellarlo en la boca del que tenía más cerca. Sonó como un portazo, o como el disparo de salida. El Cubano rompió luego un vaso en la cara de alguien, ese alguien comenzó a gritar, a quejarse, sus amigos decidieron intervenir, y entonces Alberto resolvió la situación por la vía rápida. Es lo que tiene pesar 120 kilos, medir dos metros y dominar al menos tres disciplinas de artes marciales, amén de tener un cerebro de tamaño inversamente proporcional al resto del cuerpo. Alberto nunca hablaba, siempre golpeaba primero, Alberto simplemente se acercó, zarandeó un poco, movió un poco la mano abierta, y de pronto todos los problemas desaparecieron. De pronto las conversaciones, la música, las copas, todo era como antes de que Alberto actuase, y de hecho el propio Alberto había vuelto a ocupar el mismo sitio en el mismo taburete de la barra, y observaba la realidad, o la falta de realidad, con la misma expresión totémica de siempre.

La coca es una droga extraña, no miente, o quizá sí, la coca volaba de los bolsillos a las fosas nasales del Cubano, y de Alberto, y a las mías, la coca nos convertía en espectadores insensibles, en actores sin método Stanislavski, la coca acabaría con todo un tiempo después, pero entonces la veíamos como un entretenimiento inocente, algo que nos diferenciaba del resto. Una raya y pasabas al siguiente asunto, cualquier problema se deshacía con el canto de una tarjeta de crédito. La coca era el vínculo con el otro lado, el de la muerte, el de la destrucción sin amor, el del mal rollo, y lo comprendí de golpe (otra súbita agnición) cuando ví entrar, de pronto, a aquellos dos policías uniformados, repartiendo saluciones y porrazos, ostias de la extremaunción. Entonces regresaron al punto los años del desmadre, los del peligro

y la cárcel, las horas escapadas, de pronto caí desde arriba a muy abajo, a lo de antes, y antes de que me diese tiempo a que aquello empezase a no gustarme, uno de los policías me pidió amablemente que sacase todo lo que llevara en los bolsillos.

Qué mal rollo me produjo todo aquello, qué paseo por el borde. Lo que usted diga, señor agente, menos mal que no llevaba nada, aparte de mis desencuentros, mis resabios, mis cuatro cositas de siempre, las saqué y las fui colocando en un curioso orden sobre la barra del local, de mayor a menor tamaño, las fui colocando en fila, como pequeños cadáveres de un accidente de tren, vistos desde el aire. Coloqué mis cosas, mi cartera, el mechero, el tabaco, lo organicé todo y luego me puse yo a mirar con calma afectada cómo el señor agente examinaba mis pertenencias. Pero no era el momento, quizá nunca sea el momento de algo así, quizá seamos nosotros mismos los que decidimos que hay que terminar de una vez por todas, y empujamos nuestra desesperación hacia el vacío. Lo que usted diga, señor agente, guardamos nuestras cosas, no había nada que rascar, hicimos mutis por el foro y nos dispusimos a largarnos, pero allí dentro, más allá de nuestra desesperación, estaba Alberto, como siempre un punto demasiado pasado de coca. Ocurrió tan rápido que aquellos tipos no pudieron reaccionar: de un puñetazo brutal, dejó inconsciente al primero, luego, antes de que el otro fuese capaz de sacar la pistola, o pedir ayuda, o siquiera darse cuenta de lo que ocurría, lo atrapó por el cuello, le aplicó una llave, y fue apretando hasta que los ojos se le pusieron en blanco. Si de Alberto hubiese dependido, estoy seguro de que habría seguido apretando hasta escuchar el chasquido. Afortunadamente, Ulises consiguió que le escuchase al tercer intento, compadre, déjalo, déjalo ya, y Alberto pareció despertar, soltó al policía, que cayó al suelo como un saco de patatas, y luego se quedó allí de pie, esperando órdenes, como un maniquí desmadejado.

entonces, muy despacio, fuimos saliendo del local. Yo pensando todo el tiempo en la cárcel, en qué lío me habéis metido, hijos de puta, el Cubano y Alberto sonriendo a medias, fingiendo charlar sobre sus cosas, como si no hubiese pasado nada, caminamos hacia la esquina, sin mirar el coche de policía con las luces puestas que aguardaba fuera, con alguien en su interior, sin prisa pero sin pausa llegamos a la esquina, la doblamos, y cuando estuvimos, por fin, seguros de que no nos veía nadie, escapamos a la carrera.

no sé cuánto tiempo estuve corriendo, mucho más de lo que había corrido hasta ese momento. Corrí sin mirar atrás, escapando, no de la policía, no de la situación, sino de algo mucho más abstracto y oscuro que no era capaz de definir, y que me perseguía probablemente desde mucho antes. Corrí tan rápido que tuve la sensación de no correr en absoluto, de no ser capaz de avanzar, de salir de aquella situación, no sólo la de Alberto atacando a la policía y yo mirando, sino la de la ciudad llena de esquinas, la encrucijada demencial del tiempo detenido. Corrí hasta casi perder el conocimiento, y cuando por fin recuperé el resuello y levanté la cabeza, vi que me encontraba frente al viejo piso de García de Paredes, y experimenté una sensación de alivio increíble, algo que sólo he sentido en contadas situaciones, y en momentos mucho más graves y trascendentes que aquel

<http://antoniooldm.blogspot.com>



Últimos libros del autor:

- El espejo
- Cuando fuimos agua
- El cuaderno de los reflejos rotos
- Novela de ordenador



La delgada línea

Los seres humanos tenemos una extraña habilidad. Le añadimos fronteras a todo lo que tocamos. Esto es mío, aquello es azul, o yo soy de estos o de los nuestros que aún es peor. En todo hay fronteras; esas desagradables líneas imaginarias, que separan virtualmente las cosas unas de otras, y que nos vemos obligados a atravesar o cruzar constantemente.

Se aprecia la inutilidad de las fronteras precisamente al atravesarlas. El cielo es azul a los dos lados, y la tierra es del mismo color y tiene el mismo tacto, pero decimos que lo de aquí es lo nuestro, y lo de allí es de los otros. Y lo que es el colmo de la demostración de la poca consistencia de la idea de frontera, es que los hombres y mujeres de un lado y los del otro, son tan parecidos, que lo único que les diferencia, precisamente es el lugar que ocupan en el mundo, a un lado o al otro de la línea trazada por ellos mismos o por otros a los que ni siquiera conocen. Incluso a veces queremos los humanos traspasarlas, para escapar de cualquier cosa, del hambre, de nuestras propias miserias, de la represión, de la muerte o de nosotros mismos. Y entonces, por el hecho de haber atravesado esa línea invisible que separa la nada de la otra nada, que divide un todo monolítico indivisible, nos convertimos en seres a los que se llama "ilegales" en el colmo ya de la absurdidad; como sin un ser humano, un ser vivo cualquiera, pudiera ser ilegal.

La literatura tampoco está libre de esas fronteras que nos hemos inventado para dividirlo todo. Y por eso se habla de novelas de esta forma o de aquella otra clase. Románticas, de aventuras, policíacas, novelas negras, o novelas rosa. Y lo primero que te pregunta todo el mundo, en cuanto se enteran de que has entregado una nueva novela a un editor, es que de qué tipo es. Siempre dudo en contestar, y me parece que mi duda es más que razonable, al tratarse de una narración que cuenta una historia y poco más. En mis novelas puede haber amor y lo hay, puede haber muertos, porque morir, es algo consustancial a la vida como el nacimiento y el coito, y puede haber cientos de cosas diversas, pero no siento mi escritura como propiedad patrimonial de ninguna adscripción literaria.

Pero avancemos un poco más en nuestro razonamiento. La gente contaba historias. Contaba lo que había ocurrido, porque lo habían visto, o porque alguien, los abuelos, o los vecinos, se lo habían contado, y nadie se paraba a pensar en nada más, hasta que llegó Voltaire e inventó la filosofía de la historia. Entonces caímos en la cuenta de que la historia, como dijo el filósofo, es el relato de los hechos que el historiador considera verdaderos, o que quiere que nosotros veamos como verdaderos, es decir, su apreciación personal y nada más. El historiador narra unos hechos, basándose en



Francisco Legaz

su propia inspiración, con independencia de los hechos en sí mismos. Pero lo que verdaderamente sabemos, lo único que sabemos es, como dijo Ortega, que el presente consiste en contener un pasado humano.

La frontera entre la literatura y la filosofía es débil, muy difícil de apreciar. Son una misma cosa en realidad, y lo que diferencia a unos textos de otros, no es más que el descubrimiento del lector, unas veces ingenuo, y otras avezado y paranoico; demasiado leído.

Cualquier texto está construido sobre otros textos, y todos siguen una línea que parte de un principio y se desarrolla hacia un punto indefinido, lenta y tortuosamente. Y esto es válido igual para la filosofía que para la novela. Ambas tienen esto en común, un mundo creado por infinitos cruces de líneas que forman nudos y redes, en los que cualquier lector incauto puede quedar atrapado, como le suele pasar a la mosca en la telaraña. Lectores ingenuos y paranoicos, o críticos impresionistas y estructuralistas, todos pueden caer en la red de los textos y quedar atrapados para siempre. Por lo tanto existen dos niveles de lectura (ya estamos metidos en el asunto de las fronteras, pero soy humano; perdónenme) La del lector que no se preocupa por nada, y simplemente trata de pasar el rato sin más; probablemente el más inteligente y eficaz, y la lectura del que, habiendo leído ya tantos textos en su vida, ni siquiera ve en el texto la primera capa, sino que encuentra el plagio, la similitud, la afiliación política, o los errores del escritor, o incluso aquello que el autor quiso decir, sin ni siquiera saberlo él mismo, con lo que su lectura en lugar de placentera, es ardua y penosa, convirtiéndose, como el psicoanálisis, en una lectura de la sospecha.

La literatura muestra aquí su doble cara como el dios Jano. Es remedio y alivio de todos los males, pero también es un peligroso veneno que los produce y los agranda, haciendo que se desarrollen incluso los males latentes que se esconden en lo más oscuro de nuestro ser, y nunca se puede saber cual es la dosis tolerable y donde está el umbral a partir del cual todo resulta ya tóxico.

¿Y entonces la filosofía es también una narración sujeta a todas estas imprecisiones? ¿Es la filosofía una división más dentro de la literatura?

Que la filosofía se ha aprovechado de la narración, es un hecho más que manifiesto, y si no leamos de nuevo los mitos que Platón pone en boca de Sócrates, y preguntémosnos si en realidad estamos hablando de filosofía o de literatura, o de las dos cosas, o de una o de otra alternativamente, dependiendo del nivel del lector, o de lectura que queramos hacer voluntariamente.

La respuesta, dado que los dos son productos del espíritu humano, es muy complicada, y más bien dependerá del lector que del texto. De hecho, muchas veces me pregunto si el éxito de tal o cual novela, no depende más del receptor de la obra que del contenido de la misma. Y aquí me



La gente contaba historias. Contaba lo que había ocurrido, porque lo habían visto, o porque alguien, los abuelos, o los vecinos, se lo habían contado, y nadie se paraba a pensar en nada más, hasta que llegó Voltaire e inventó la filosofía de la historia.

estrella de frente contra las leyes de la promoción y la publicidad, que condicionan totalmente la disposición previa del que adquiere el producto y por lo tanto influyen directamente en el resultado final.

Quiero recomendar a nuestros lectores, la lectura de una obra de teatro. Se trata de "Los últimos días de Emmanuel Kant", escrita por Alfonso Sastre. En el segundo acto, en el párrafo primero, previo a los diálogos, el autor nos describe la penosa situación de Kant, doce días antes de morir, atado a la pata de la cama, para no perderse. El mayor cerebro del pensamiento, atado a una cama, preso de la demencia y la decrepitud.

La delgada línea entre la filosofía y la literatura, entre la inteligencia y el desastre, entre la vida y la muerte.

<http://franciscolegaz.blogspot.com>



Últimos libros del autor:

- Trazo blanco sobre lienzo blanco
- El horizonte está en la escalera
- Un viaje hacia el abismo

**Trazo blanco sobre lienzo blanco, la imaginación es la base de la vida
Al leerla, la realidad nunca será igual**

Francisco Legaz
Trazo blanco sobre lienzo blanco

La misión

me hacen cosquillas, por eso entiendo que ya han llegado. Y me alegran, ahora no voy a ocultar que, en el fondo, me alegran con su venida. Todos ellos son tan adorables. Por mí estaría satisfecho si viniesen todos los días, a todas horas. En cuanto sintiera el cosquilleo con que me suelen despertar me cambiaría este ánimo de invierno en el que voy envejeciendo, pero, ah, pasan tanto tiempo en sus estudios. Vienen muy de vez en cuando. En el colegio la disciplina es así, muy estricta, y yo entiendo que no puede ser de otra manera si han de tener una formación sólida, como les corresponde a los herederos. Sólo que cuando no es el colegio es alguna otra ocupación de las que disponen los maestros, una visita a la ciudad, una tarde de deportes entre el lago y los sotos de las lindes, un ensayo musical, un rato de equitación. ¡Qué muchachos! Algún día la tierra será suya, sí señor. Pero, ¿le haría mal a alguien si viniesen más a menudo a estar conmigo? Es tan delicioso despertar mientras juegan a hacerme cosquillas.

Ya no soy capaz de sentir mucho más. Estoy viejo y cansado. De otra forma iría a correr con ellos, como antes, pero este cuerpo haragán ya no me deja. No, no quiere llevarme ya a donde le digo. No obstante estoy orgulloso de cómo he empleado lo mejor de mi vida, y de cómo acabaré por entregar hasta el último suspiro por ellos. También por Claude, que aunque más joven que yo, ya no puede valerse por sí mismo.

Le llamo para todo, siempre que quiero darle a conocer alguna de esas cosas que me parecen tan subyugantes, pero Claude no tiene reparos en mostrarse siempre como un antípoda mío. Me hace muy fatigosos los días con su mal humor.

Pero no es justo que hable así de Claude. De cualquier otro sí, pero Claude no se lo merece. Siempre ha sido un hermano fiel, y se portó conmigo como debe esperarse de un hijo con su padre. Incluso cuando... ah, pero no voy a contar otra vez eso, simplemente quiero decir que incluso en lo peor de la vida, siempre se molestó en llamarme para preguntar cómo estaba. No porque últimamente parezca poco entusiasta con nuestra misión voy a echar en olvido que siempre he sentido una gran devoción por él.

Claude ha sufrido tanto. Aunque fuese una decisión alocada la que tomó, y de la que lo prevenimos, y que en cierto modo todo lo que vino después acabó siendo el correctivo que le habíamos anunciado, quiero decir que aun mereciéndolo, el trago que le tocó fue muy doloroso. Se marchó, dibujó en el aire otros mundos maravillosos, se dejó tentar por la promesa de una vida plena lejos de nuestra misión. Una quimera. La Quimera, así se le enseña a nuestros cachorros. Claude era inteligente y de una sensibilidad fácilmente excitable, poseía una rara penetración psicológica cuando se trataba de persuadir, y siempre resultaba atractivo. En parte no fue culpa suya si perdió el sentido de su realidad. Con tantas prendas habría tenido que ser de piedra para evitar el sueño de que el mundo entero se rindiese a sus pies.

Pero ya pasó todo eso, y ahora otra vez estamos juntos. Creo que ahora será para siempre. Siento a Claude cerca de mí la mayor parte del día, lo sé por su olor, aunque no llegue a entrar en contacto con él. También por su olor puedo saber si se encuentra feliz o lo sacude la mala hora. Casi nunca me equivoco, aunque parezca una demencia y alguien crea que desvarío cuando lo digo. Sé por su olor cómo se siente. También lo sé cuando pone su cuerpo encima del mío, porque a veces se encoge, o se deja caer blandamente, y en otras ocasiones se vuelve tenso, o entra en calor súbitamente. Todos esos detalles me permiten comprender su humor. Desde que no habla he ido desarrollando esa capacidad para entenderlo. Él



Santiago García Tirado



ANA GUILABERT

Se marchó, dibujó en el aire otros mundos maravillosos, se dejó tentar por la promesa de una vida plena lejos de nuestra misión. Una quimera. La Quimera, así se le enseña a nuestros cachorros.

lo sabe, y yo sé cómo me lo agradece, a su manera. No olviden que siempre he sido un padre para él.

Ya hace tiempo que perdimos la capacidad de oír, los dos. Como nos quedamos dormitando, sin quererlo, después de comer, o a media mañana, cuando los vencejos y los mirlos se marchan del jardín, y eso nos pasa casi a diario, los cachorros nos han dado algunos sustos de muerte. Ellos, que son tan aplicados y tan cuidadosos. No sé si cuando ven esos espasmos con los que nos despertamos también ellos se llevan otro susto. Pero no lo hacemos con intención, ¿cómo íbamos a hacerlo así, con lo que significan nuestros cachorros? Yo, que aún conservo el olfato, los huelo en la distancia si estoy despierto, y cuando meten su hocico húmedo y lo hunden en mi piel, diría que los estoy esperando incluso con una delectación anticipada. Claude también los espera así, como yo. Sufrió la primera vez que los cachorros, quiero decir que aquel día... bueno, no sé si debería contarle, nadie lo comprende a menos que sea de los nuestros, y los nuestros sí saben que los cachorros necesitan tanto de nosotros. Porque el futuro es de ellos.

Yo también sentí dolor la primera vez, sería absurdo ocultarlo ahora. La primera vez sí, porque siempre la primera vez es una desconocida. Entonces fue con los dedos de la mano derecha. Yo no era consciente de que ya tenía que haber estado preparado para eso, y el dolor me pareció injusto. Pero mis manos sanaron muy pronto,

mucho mejor de lo que imaginé nunca, porque los cachorros saben por naturaleza que, cuando terminan, siempre tienen que lamer con cuidado hasta que ya no queda nada, que todo está limpio. Las otras veces resistí mucho mejor, porque ya sabía cómo era el final de todo. Aprendí también a reírme con ellos mientras se alimentaban, y hasta les hacía arrumacos para que supiesen que en el fondo los quería tanto. A Claude le costó un poco más acostumbrarse. Claude nunca tuvo un espíritu tan sacrificado, y durante toda su vida estuvo demasiado lleno de sí mismo. Esa actitud frente a la vida deja en el carácter una falla que luego no hay forma de recuperar, por eso Claude siempre se quejaba de que todo era más doloroso para él. Yo no se lo recriminé nunca, pero si había un culpable de que el dolor le fuese siempre más largo y más vivo, ése era él mismo.

ahora es feliz. Por fin, es feliz. Lo siento siempre cuando acerca su cuerpo al mío. Desde que los cachorros acabaron los muñones de sus piernas, ya no gruñe al sentir su hocico sobre la piel. Recuerdo la última vez que quedé sumido en la tristeza. Fue el día que se le llevaron los rasgos de la cara. Por la mañana, los cachorros le arrancaron los ojos, porque hacía muchos días que no habían podido venir con nosotros. Cuando llegaron parecían poseídos de una excitación loca, saltaban como fierecillas, se mordían alegremente unos a otros, jugaban hasta caer rendidos sobre el suelo. Todavía sonrío al recordarlos: ese día sentí que no era un hocico, sino todos los hocicos del mundo los que se hundían sobre nosotros con una jovialidad desbordada. Me hacían mucha gracia, pero por encima de eso estaba convencido de que de esa forma contribuía al futuro de nuestra misión de una manera sublime. Dejaba para ellos lo mejor de mi cuerpo envejecido y así los cachorros me entregaban, sin saberlo, el honor de seguir siendo parte de nuestra misión.

desde entonces Claude ha llegado a entender también que ésa la cúspide de nuestra felicidad. Ya no puede hablar, como antes, cuando me explicaba uno por uno todos sus planes ridículos para cuando estuviera lejos de aquí. Pero ahora sé que él también sonrío, aunque no se le vea la risa en sus labios, y más que nada en días como hoy, cuando los cachorros vienen y pasan las horas sin darse cuenta, oliendo cada palmo de su piel, buscando algún pedazo de carne todavía fresco con el que alimentarse.

<http://santiago-tirado.blogspot.com> • <http://www.garciatirado.es>



Último libro del autor:

• *Un preso que hablaba de Stanislavski*



Malos modos

Pero mira que te lo advertí, que Agripina es mucha mujer para ti, que no sabes cómo se las gasta. Pero tú, erre que erre: “Que si es la mujer de mi vida, que sin Agripina yo no soy nadie, que no concibo la vida sin ella...”. No me digas que no fui claro y conciso al respecto. Esa mujer es un auténtico terremoto en forma de armario empotrado. ¿Pero no te has fijado en la espalda que tiene? ¡Si parece un camionero! Eso sin tener en cuenta la mala leche que se gasta. Y claro, con tu escaso metro sesenta y cinco y tus birriosos cincuenta y cinco kilos, poco tienes que hacer al respecto. Recuerdo perfectamente aquel día en el café Las Trece Rosas, cuando Agripina te puso el epíteto de “peso lástima”, y todos nos reímos a mandíbula batiendo de su ocurrencia. Lo que no fuimos capaces de calibrar era el grado de desprecio que había en aquella aseveración recurrente, aunque, obviamente, maliciosa. Ya de aquéllas sufrías la ignominia del vapuleo, pero no dijiste nada. Antes al contrario, te reíste como un cosaco, y todo el mundo quiso ver complicidad y aquiescencia donde sólo había disimulo y pesar. “¡Peso lástima!” En fin, tú te lo has buscado. Porque Agripina será lo que sea, pero siempre fue diáfana como la luna llena, y nunca escondió sus cartas. Antes al contrario. No me digas ahora que no sabías que era una marimandona, y tú, por cierto un calzonazos. Siempre hiciste lo que ella quiso. Que playa, pues playa, que río, pues río, que cine, pues cine, que casa, pues casa. En tu vocabulario no existía la palabra “no”, y así fue la cosa. Un auténtico despropósito. Recuerda que ya de novios te vareó un par de veces. Por ejemplo, cuando la romería de San Blas en el pueblo, y tú empinaste el codo más de la cuenta y te empeñaste el tocarle las tetas en público.

aquella sí que fue una real hostia, ¡Dios mío, si hasta la orquesta dejó de tocar! No lo niegues, fuiste el hazmerreír de la fiesta. Aquel día debiste mandarla a hacer puñetas, pero te faltaron bemoles. Sí, ya sé que estabas enamorado y que la querías con locura, pero el amor cuando se transforma en suma dependencia es, simple y llanamente, subyugación, y tú te has convertido en un esclavo sin voz ni voto. Hay amores que matan, amigo mío. El tuyo, además, acojona. Siento de veras ser tan explícito y quizá poco correcto con mis expresiones, pero me sale del alma: Tu amor es digno de pasar a los anales de la psicología, o al menos ser estudiado con el esmero y la devoción de un caso único e irrepetible. Recuerda el día en que te regaló un caniche por su santo, cuando de todos es conocida la fobia que le tienes a los canes. La cosa no tendría mayor importancia, si no fuera porque ya erais pareja de hecho. Al final tuviste que echar mano de medidas extremas, sacrificando al pobre animal de la forma más vil y rastrera que puede morir un perro, esto es, traicionado por su propio dueño. “¡Fue un accidente!”, te justificaste ante ella, alebrado y temblando como conejo. El temblor pusilánime te delató al instante. ¿Qué quieres que te diga?: ¡Deplorable! Aquella estúpida caída desde la ventana del séptimo piso, más parecía un homicidio premeditado que un desvanecimiento eventual del malogrado chucho. En roman paladino, no coló la excusa. Ésa fue la primera zurra seria que te proporcionó. Recuerda: Un ojo a la funerala, amén de una soberana patada donde los hombres perdemos la dignidad y la vergüenza. Aquella noche pernoctase en el servicio de urgencias del Hospital Virgen del Rocío. Y ya es triste que tu pareja te pegue, pero en tu caso es todavía más calamitoso. Porque tú me dirás con qué redaños te presentas en comisaría denunciando: “¡Mi mujer me pega!” ¡Patético! A tragar sapos y culebras, y salga el sol por Antequera. Aquel día debiste mandarla al carajo, pero te faltó coraje. Sí, es verdad que ella te pidió



José Antonio Rey



disculpas, argumentando que lo que habías hecho había sido muy fuerte. Y en verdad lo había sido, porque el pobre Rufus – que ése era el nombre del cánido –, qué quieres que te diga, no tenía culpa alguna de tus manías ni de tus miedos. Y de matarlo, utilizar un método más sofisticado o menos violento, como la estricnina. Vamos, digo yo. En definitiva, la batalla campal se liquidó con dos días en la cama de un hospital de mala muerte y otros tantos en el tálamo conyugal, convalenciando a trancas y barrancas, con la ayuda del árnica y del paracetamol. El asunto comenzaba

somantas y los ultrajes sólo tenían parangón con las excusas, cada vez más peregrinas, por no decir increíbles. Que si el quicio de la puerta, que si el alfeizar de una venta, que si el quemador de gas, que si el techo de escayola... ¡El techo de escayola! Sin embargo, por mucho que te empeñases en esconder lo evidente, era vox populi en todo el barrio que tu mujer arreaba sopapos como panes. Hasta que ya no pudiste aguantar más la presión psicológica y acabaste por estallar como una castaña pilonga. “¿Pero qué te crees, que soy un monicaco, un saltimbanqui, un chiquilicuatro al que puedes vapulear como una manta maragata?”, bramaste como un león herido, junto a la puerta del ascensor. Y el rugido lo oyó hasta el vecino sordo del 1º derecha. “¡Por fin...!” exclamó mi mujer. “¡Por fin ese hombre le planta cara a ese mastodonte que tiene por esposa!”, apostilló aliviada. Pero a los pocos minutos, ya dentro de casa, se oyeron tus ayes y alaridos de hombre herido en el cuerpo y en el alma.

posteriormente vinieron las súplicas y los ruegos de un ser que había claudicado de forma total y absoluta, y al que únicamente le quedaba el recurso de enseñar la bandera blanca, previa al armisticio. Aquella fue la gota que colmó el vaso. No pudiste soportar un vilipendio más y, armándote de valor, te pusiste en jarras y sacaste pecho. Confíesalo, fuiste pitorreo de toda la comisaría, pero al fin diste el paso con resolución y, por qué no decirlo también, con gallardía. Todavía resuenan las carcajadas en la sala habilitada para las denuncias. “Pero hombre de Dios, cómo se deja vapulear de esa manera por su mujer”, replicó el policía de bigote, al tiempo que diligenciaba la denuncia, mientras tú te encogías de hombros y agachabas la cabeza. “¡Qué podías hacer si no!”, replicaste con la voz encogida por el abatimiento y la vergüenza. “¿Y ha ido a urgencias...? Pues váyase cuanto antes al hospital a que le vean ese ojo, que tiene muy mala pinta”, aconsejó el agente, reprimiendo, mal como podía, la risa. Posteriormente llegaron los juicios de faltas, y digo “juicios” porque fueron dos. Uno, el que interpusiste a tu mujer, por los daños que produjo en tu lacerado cuerpo. Y otro, la denuncia de ella, a causa del esquinco de muñeca que le provocó el último puñetazo a uno de tus ojos, casualmente el más damnificado. Porque así funciona la Justicia, amigo mío: Tantos moretones, tanto parné. Aquí no se pregunta quién empezó, primero, ni tan siquiera quién tiene la razón. No estamos hablando de intencionalidades ni de ética.

Consecuentemente, la ceguera de la Justicia, con mayúsculas, sólo atiende a las lesiones acaecidas. Ni más, ni menos. Que sufres un esquinco de muñeca porque se te fue la mano, pues lo paga la otra parte, y aquí paz y después gloria. Fácil, rápido y sencillo. Así cualquiera imparte Justicia. ¿Verdad? El caso es que, una vez presentada la demanda de divorcio, y habida cuenta que de por medio había una hermosa e inocente criatura, fruto de la unión conyugal, y que la susodicha criatura, al ser el individuo más endeble de todo este ponzoñoso proceso, debía de ser a su vez el más protegido, y que la custodia, por razones más que obvias – por consiguiente, innecesaria su explicación –, pasaba a manos de Agripina, no te queda otra alternativa que salir de lo que, hasta ese momento, era tu morada, con el rabo entre las piernas y pagando una pensión mensual de 500 euros del ala; eso sí, con derecho a ver a la criatura los fines de semana alternos. No obstante, míralo por el lado positivo: La pasta gansa que te estás ahorrando en vendas, esparadrapos, psicólogos y sobre todo disgustos. En fin, que el que no se consuela es por que no quiere. Ah, se me olvidaba, la hipoteca de la casa sigue siendo cosa tuya.

“Pero hombre de Dios, cómo se deja vapulear de esa manera por su mujer”, replicó el policía de bigote, al tiempo que diligenciaba la denuncia.

a ponerse feo: Pintaban bastos. Y créeme que te entiendo, dada la coyuntura social, no tenías derecho ni al pataleo, ya que la publicidad corría en contra de tus intereses de macho ibérico. Qué más quisieras tú que soltar a lo cuatro vientos: “¡Mi mujer me pega!” Pero, ¿quién se lo iba a creer? Y en caso de que así fuera, ¿con qué cara te presentarías al día siguiente en el trabajo, ante los amigos, frente a la familia entera? ¡Menudo bochorno! El silencio era tu mejor aliado, al tiempo que tu pertinaz y sigiloso enemigo. ¡Vaya paradoja! Así fueron pasando los días, las semanas y los meses. Entretanto, la recurrencia en las

<http://jose-antonio-rey.blogspot.com>



Último libro del autor:

- Cuentos apócrifos
- Un instituto con vistas

Vacilaciones

me encuentro en una encrucijada, no sé si debería dedicarme a la literatura o matricularme en físicas y dejarme de rollos. Y todo esto a cuenta del relato que nos había encargado escribir la profe de literatura. Bea protagoniza la dichosa narración, la imbécil de Bea debería añadir. Llevo aguantándola desde primero de ESO, o sea, sé de quién hablo: la perfecta heroína para mi historia. Os la cuento y entenderéis la causa de mi indecisión:

Encuentro en el Sinué

El horóscopo lo decía muy clarito: En materia de amor, es recomendable que hoy te quedes en casa.

Y, mira por dónde, cuando iba a entrar en el Sinué, un tipo ya mayor, no un niño cualquiera, va y me sonríe de un modo..., cómo lo diría yo, un poquito zalamero.

Monísimo, ¿eh?, monísimo. De repente, he caído en la cuenta. No puede ser, es Él, es Él, es Teo. He rebuscado en el bolso a toda velocidad, pero, mira por dónde, no llevaba su libro. Por suerte, he visto a Michel y Juan sentados en la barra del bar y me he acercado a hablarles.

-¿Acaso uno de vosotros tiene aquí una copia de Barlovento? -lo he preguntado con la más sexy de mis sonrisas.

Y sí, la tenían, pero los muy cretinos se negaban a intercambiarla por la mía, que yo les prometía entregar mañana. Por culpa de los comentarios escritos al margen (y de los corazones), ha dicho el memo de Michel. En fin, les he tenido que prometer una copia nueva. Todo sea por la causa.

Total que me aproximo a la mesa de Teo Silo y le digo en plan un poco, a ver, como lo diría yo, entre recatado y sugerente:

-¿Me dedicas esta copia?

entonces, él me mira embelesado. Tanto, que ha tardado unos segundos en responder, unos segundos que me han parecido horas. Tenía la cabeza ladeada y un gesto algo socarrón en los labios; un gesto maravilloso, a ver si me explico, como si se estuviese mordiendo las mejillas. Aseguraría que quería provocar un poco mis nervios. Y lo ha conseguido, de verdad. Me he quitado y puesto el anillo como veinte veces y el corazón me latía a mil por hora. Finalmente él ha extendido el brazo para coger el libro que yo le entregaba:

-Casandra Martínez -le digo. Y él va y me suelta:

-¿No te sientas, Casandra?

un poco más y me derrito. Qué voz, Dios mío, qué voz. Profunda, cálida. De ensueño, simplemente. Es tan mono que no puede serlo más; castaño clarito, con el pelo echado hacia atrás. (El fijador que usa es tope guay, le preguntaré la marca en cuanto gane un poco de confianza). Sólo unas poquitas canas, en los laterales -eso que la abuela llamaría sienas plateadas, qué romántico-. Y las pestañas y los ojos que tiene, por favor, de un verde... verde mar. La décima sinfonía. Y esa mirada de estar por encima de todo. Me hace sentir incluso pequeña. Y tan elegante. Vestía un jersey cuello alto amarillo y una americana azul marino. La verdad es que debía de pasar algo de calor porque hoy el bochorno apretaba, claro que a su mesa le daba algo de sombra. Llevaba mocasines azules y calcetines amarillo pálido como el jersey. Por cierto, como está muy moreno el amarillo le sienta de maravilla. Y las manos, por favor, qué manos. Qué bien cuidadas. Una



Carmen Matutes



Me ha invitado a una Coca-cola y demás pero el super-exitazo es el siguiente: Hemos quedado esta tarde a las siete para tomar un café y comentar su último libro. Estoy radiante, por supuesto.

manicura de profesional, punto y raya. En fin, a lo que iba. Por supuesto, me he sentado... Y en esas que se acerca el camarero:

-¿Qué le sirvo, señorita?

me he quedado un poco cortada. Y él... la verdad es que parecía disfrutar del momento. Ha puesto el codo sobre la mesa y con los dedos tan maravillosos que tiene medio ocultaba esa sonrisa socarrona, simplemente encantadora.

-Tómame algo, mujer -ha dicho con suma naturalidad, sonriendo.

en fin, me ha invitado a una Coca-cola y demás pero el super-exitazo es el siguiente: Hemos quedado esta tarde a las siete para tomar un café y comentar su último libro. Estoy radiante, por supuesto. El final ha sido un poco rarillo,

hay que reconocerlo. El muy pendenciero va y me suelta si no tengo clase. Y a la tonta de mí se le escapa que sí, de literatura. Claro, no podía decirle que estaba más que dispuesta a saltármela. Lo que me irrita es que lo ha dicho precisamente cuando Maga y su corte de doncellas se acercaban al Sinué. Vamos que las ha visto y las ha repasado a todas. No debería preocuparme, al fin y al cabo ha quedado conmigo. Y debería ir arreglándome. Hombre, y ahora suena el maldito teléfono'.

-¿Si? Ay, vaya sorpresa, ¿no has podido esperar hasta las siete?

....

-Ya.

...

-¿Quedamos mañana entonces? ...

-OK.

Clong.

¿Y si el horóscopo acertaba?

the End. O sea, es obvio, el cuarentón se liga a la imbécil y después la deja por la otra. O, ¿acaso no es obvio? Pues hete aquí la visión de la profe: "Espléndida la ironía que desprende un relato que refleja, mediante los ojos de una jovencita embaucada, la negativa de un hombre maduro, un escritor de moda, a asumir su condición de adulto. A través de la voz de la joven protagonista palpamos el contraste entre el inicio de la época adulta, personalizado en la joven, y la negativa a abandonar la época de esplendor, personalizada en un hombre cuarentón que pretende utilizar su reconocimiento profesional para paralizar el tiempo".

mi primera reacción ha sido la anunciada arriba: matricularme en físicas. Sin embargo, pensándolo mejor, podría dedicarme a la crítica literaria, una actividad tan creativa como la propia literatura, con la ventaja de que en lugar de interpretar tus afirmaciones el mundo las acata. O pasa de ellas, como de una novela más. Tendré que pensarlo.



Últimos libros de la autora:

- Círculos Concéntricos
- De Cháchara
- Andrea(s)

<http://carmenmatutes.blogspot.com>



Dos historias

Reales narices de cera

La primera vez que estuve en Roma, Franco aún vivía, entré en el Museo de Cera. Y más que las escenas, los personajes o los objetos expuestos para llamar la atención del público, me llamó la atención que aquello llamara la atención del público. En concreto, recuerdo que en un rincón tenebroso exhibían un moderno y práctico garrote con su condenado y todo, sentado, el palo a la espalda, bien abrigadito su cogote, y el impepinable verdugo detrás, agarrando la palanca, tensados los bíceps, congelado el funcionario en el instante supremo del espectacular giro de la muerte. En un panel lateral se explicaba a los visitantes el funcionamiento de tan curioso artefacto. A mí, procedente del país que no solo había logrado un notable avance técnico en el diseño del aparato, sino que todavía lo usaba con admirable éxito (Puig Antich lo demostró aquel mismo año), no me hacían falta ninguna de esas aclaraciones pues en España nos habíamos familiarizado con su uso. Por eso me asombró que escogiesen el garrote en lugar de otros métodos, todavía legales por aquella época en países civilizados, de mucha menor eficacia que el invento hispano. Parecía que en Italia causaba horror aquella impresionante modalidad de pena capital en lugar de la pena capital misma. Aunque en mi caso no surtió efecto, desde entonces confío en la profesionalidad de los directivos de este tipo de establecimientos para la selección de temas que provoquen terror entre sus compatriotas.

Porque eso es lo que en mí provocan los directivos de la correspondiente exposición de Madrid, terror. Nunca he traspasado sus puertas ni creo que llegue a hacerlo, pero los escultores de cera madrileños consiguen asustarme pese a los quinientos kilómetros protectores que median entre mi casa y sus obras. Y es que el cariz que toman las abultadas secciones de pamplinas de los informativos de televisión me pone los pelos de punta. Sabido es que un ataque de legañas que afecte a algún miembro de la familia real se convierte en noticia de enorme magnitud. Un bombazo, vamos. Y en el Museo de Cera son conscientes de ello. Nada mejor para obtener publicidad gratuita que trasladar las vicisitudes palaciegas al inocente producto apícola. ¿Que una infanta se separa del marido?, trasládese la imagen de su ex a la sala de cuernos. ¿Que una princesa se regala un toquecito estético en su naricita?, derrítase de inmediato la cantidad exacta de cerumen en su copia facsímil. Y todo ello se narrará a través de las ondas con el papanatismo acostumbrado y se ilustrará con abundancia de imágenes y se comentará durante días en sesudas tertulias de intelectuales de primera fila para regocijo y refocilación del pueblo llano

Me lo veo venir, a saber si la Reina se opera de las bolsas de los ojos o a uno de sus adorables nietecitos le recetan corrector dental o le salen entradas y tonsura al simpatiquísimo Iñaqui o hay un estirado general de arrugas o, lo más probable pues estos Borbones han probado históricamente ser muy prolíficos, las barrigas de sus féminas se abultan durante nueve meses para decrecer de golpe... Y los espectadores delante de la tele, reportaje tras reportaje, enternecidos por peripecias tan inauditas, disfrutando con sonrisas bobaliconas que surgen de actos reflejos, admirarán la labor constante y abnegada de los trabajadores del Museo de Cera de Madrid. Lo dicho, vaya unos profesionales del terror...



Alberto Castellón

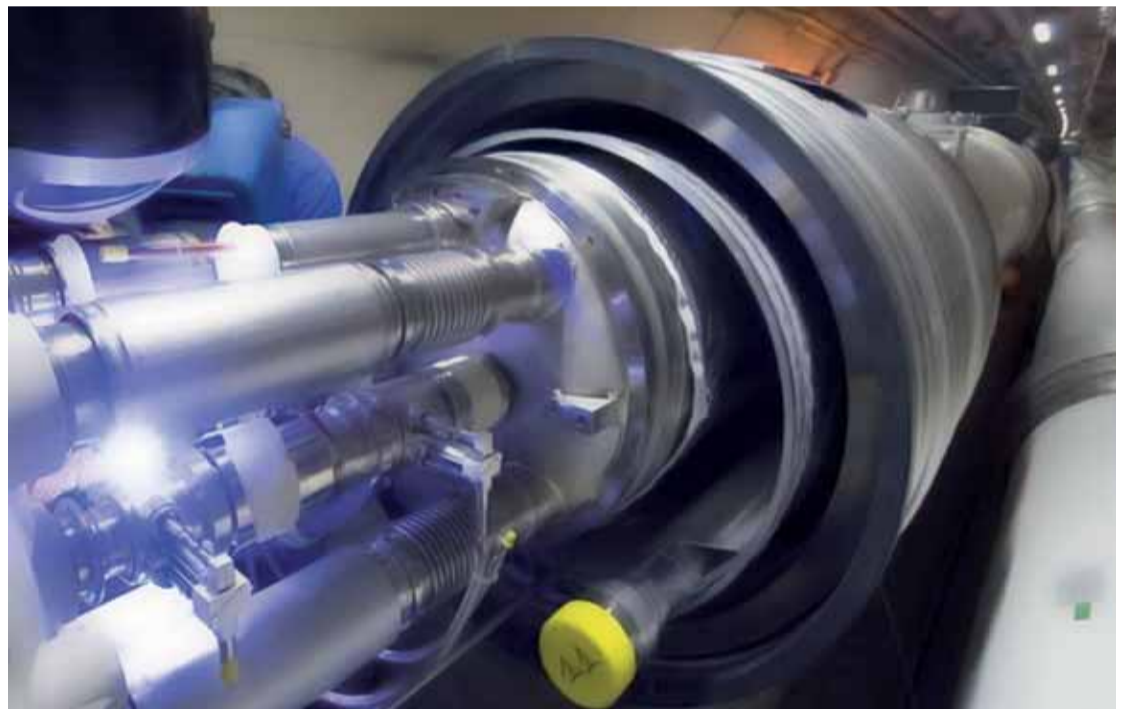
<http://albertocastellon.blogspot.com>



Últimos libros del autor:

- Regina Angelorum
- Victoria y el fumador
- Tarta noruega

Y en el Museo de Cera son conscientes de ello. Nada mejor para obtener publicidad gratuita que trasladar las vicisitudes palaciegas al inocente producto apícola. ¿Que una infanta se separa del marido?, trasládese la imagen de su ex a la sala de cuernos. ¿Que una princesa se regala un toquecito estético en su naricita?, derrítase de inmediato la cantidad exacta de cerumen en su copia facsímil.



El acelerador de partículas y el fin del mundo

Algunos de los asiduos de esta página, sabedores de que en mi departamento de la Universidad de Málaga se investiga en álgebra no asociativa, por cierto muy relacionada con la física cuántica, llevan más de mes y medio pidiéndome a través de e-mails que les explique algo acerca de los peligros que entraña para la humanidad la puesta en marcha del nuevo acelerador de partículas de Ginebra. Gracias ante todo por confiar en mis dotes para la divulgación científica. Recuerdo que el genial Álvaro de la Iglesia respondió a una solicitud semejante, aunque en aquella ocasión se trataba del Misterio de la gravedad intermitente, inventada por Einstein

Así que, siguiendo el ejemplo del aquel fino escritor, hoy he decidido dedicar esta entrada a despejaros las dudas sobre un hipotético fin del mundo. Lo expondré en un lenguaje muy simple. Seguro que todos lo entenderéis. Veréis, tontines, qué sencillito:

Se razonará por reducción al absurdo. Supóngase entonces que, como producto de una gran colisión de hadrones, se generara o generase un miniagujero negro que amenase (o amenazara) tragarse al planeta Tierra y, de ca-

mino, al presidente de los Estados Unidos y a Mercedes Milá. Habría que aplicar en este caso las ecuaciones tensoriales de Freedman. En concreto, el término de quinto grado afectado por seis derivadas parciales cuyo denominador depende linealmente de la constante de Planck, en su versión estrambótica, y de un vector intrínsecamente conexo. Ahora bien, este vector campo, que consta de 13 componentes con al menos 5 de ellas no infinitesimales, se proyecta estereoscópicamente sobre el espacio tortilla, introducido por el célebre cosmólogo Howard Eggs en 1974. De ahí que, en virtud del Teorema Fundamental de los Cocientes Circunflejos, haya que proceder a integrar numéricamente sobre un conjunto residual de monopolos magnéticos superpesados, entre los que se encuentra el bosón de Higgs ofuscado por 21 quarks, con una probabilidad acotada por el número de Avogadro multiplicado por 3 pi. Eso, siempre que se cumpla la Ley de la Inercia a la Vagancia y el Principio Empalmado de las Fuerzas Fundamentales del Universo.

El resultado del razonamiento anterior entra pues en franca contradicción con la Teoría de Supercuerdas Frotadas, desarrollada por Viola Devapakiam en 1981, según la cual, siempre que una transvección mapee una variedad diferenciable de Riemann, los relojes retrasarán en función cuadrática del priapismo.

Ha quedado claro, ¿verdad? Admitid conmigo, queridos alelados, que no era tan difícil. Ya podéis tranquilizar a vuestros amigos sin más que exponerles este simple argumento.

Habitantes de las profundidades

Oigo el sonido de las palas golpeando el agua y tiro de los remos forzando los músculos de los brazos, trazo un círculo con ellos rescatándolos del líquido y los hundo de nuevo volviendo a empezar. El mar está liso y brillante como un cristal y el horizonte apenas se distingue en la distancia del cielo azul que me cubre traslúcido. Todo es serenidad y silencio, tan sólo el chapotear de los remos que se hunden en el líquido y se alzan para volver a golpear rítmicamente una y otra vez mientras el bote avanza hacia un destino lejano y desconocido. A veces me detengo e izo los remos y, a la deriva, me sobrecojo por la paz y la belleza que me envuelve. Soy libre. Todo es tan simple: el mar sobre el que flota la embarcación y el cielo tornasolado cuyo pigmentos varían según el tiempo, que se ha materializado en una bola brillante que traza su arco sobre el mar que lo refleja en un millón de destellos. Cuando el sol se hunde en el océano es el cielo negro el que se acribilla de irradiaciones blancas y las constelaciones comienzan a girar. Entonces me detengo y dejo que el navío sea arrastrado por las corrientes mientras contemplo perplejo la vibración de las estrellas, y si aguzo el oído, arrebujado en el hueco tras el asiento, a veces oigo sonidos que me sobrecogen. El retumbar de una tormenta lejana, un mugido incomprensible de cetáceo o un resoplido distante. Cuando despierto al amanecer emprendo la jornada con nuevas fuerzas, seguro de mi empresa.

En ocasiones mi rumbo se ha cruzado con el de algún otro barco solitario. Suelo entonces ponerme de pie y hacerle señas hasta que su ocupante me otea y nos acercamos hasta juntar nuestras bordas. Siempre me alegra poder hablar con alguien, pero es tan raro que cada vez me cuesta más hacerlo. No es la primera vez que otro navegante y yo nos separamos sin haber encontrado nada que decirnos. Basta con las miradas y la mutua sospecha de que nuestro propio aspecto debe ser tan solitario como el del otro. Varias veces, hace ya mucho, he navegado junto a alguien para olvidar la soledad, pero con el tiempo comprobé que al final nuestros rutas siempre terminaban divergiendo y se me hacía difícil soportar la tristeza de perdernos mutuamente en la distancia. Sin embargo lo que más me perturba es divisar a veces un bote vacío que flota abandonado con los remos en su interior y sin la más mínima señal de su ocupante. Entonces, cuando cae la noche, los sonidos que provienen de las profundidades se vuelven inquietantes y siento un miedo que apenas puedo dominar imaginando el abismo que se abre tenebroso bajo el casco, frío, sin estrellas, sin un sol que lo mitigue, habitado por seres cuyos volúmenes imprecisos veo desplazarse bajo las olas.

El cielo amanece salpicado de nubes que se desplazan seducidas por los vientos. Las aguas se rizan y el bote se agita al ritmo de las ondulaciones que se suceden mientras yo agarro los remos con empeño moviéndolos con la fuerza de la costumbre. La marejada va en aumento y las olas van creciendo arrastrándome con ellas y salpicándome hasta empaparme. Me aferro a las empuñaduras y confío en mi voluntad que me ha llevado mil veces a través de temporales. Basta con concentrarse en remar confiando en el movimiento y en las propias fuerzas. Hundir en el agua, tirar, alzar y volver a hundir, sin perder jamás el propósito de superar la tempestad. La barca a lomos de las ondas asciende para después precipitarse vertiginosa



José Melero Martín

una y otra vez hasta que tras una eternidad de lucha lo peor queda atrás y las nubes se abren mostrando el fondo purpúreo por el que transcurren. Descanso exhausto y satisfecho hasta que cae la noche que es fría y ventosa. La embarcación se agita hasta que por fin amaina y el mar vuelve a ser manso y quieto, y entonces, apenas unos metros tras la popa, distingo una fosforescencia bajo la superficie negra que desaparece tras unos instantes y es sucedida por un gorgoteo cercano. El silencio vuelve a reinar hasta que, a través del casco, siento un rasguñar que me espanta. Algo que no alcanzo a imaginar, bajo el bote, recorre su madera con apéndices que suenan como un arañar amortiguado por el líquido. Cojo un remo con las dos manos y me asomo a la borda dispuesto a defenderme. El sonido ha cesado y entonces dos ojos, como círculos iridiscentes, me miran desde el agua antes de hundirse y desvanecerse en las profundidades. Aterrado monto guardia toda la noche.



JOSÉ MELERO ANGULO

Las aguas se rizan y el bote se agita al ritmo de las ondulaciones que se suceden mientras yo agarro los remos con empeño moviéndolos con la fuerza de la costumbre.

Los días que siguen apenas logro concentrarme en avanzar. Mi atención está puesta en la superficie del océano de la que he sorprendido emergiendo colas y aletas que vuelven a hundirse al instante sin dejar rastro. Contornos de bestias oscuras que nadan en manadas trazando círculos alrede-

dor de mi esquife dejando entrever sus lomos escamosos. Comprendo que mi rumbo me ha llevado a internarme en unos sargazos poblados por especies extrañas que me rondan atraídas por mi intrusión. Las noches se han vuelto insomnes. Vigilo sentado en cubierta alerta a los sonidos y los movimientos que rodean. La negrura de alquitrán sobre la que floto cada vez con más frecuencia se mitiga con la luminiscencia de pares de círculos verdosos que me miran sin párpados, vigilando mis movimientos. Los noto acariciando la quilla, midiendo su consistencia y oigo sonidos que me parecen un lenguaje bestial hecho de gemidos y jadeos, y mi imaginación se alía con ellos hasta el punto que varias noches he creído oír mi nombre susurrado desde el agua por gargantas y labios inhumanos.

banco de algas me rodean gelatinosos, enredándose en mis remos y dificultando mi avance. Me esfuerzo en continuar con toda mi voluntad. El crepúsculo me alcanza un día más sin que haya conseguido escapar. De pronto un golpeteo repentino me hace asomarme por la borda y a través de la superficie rojiza veo una cara que me mira sonriente. Sus ojos abiertos resplandecen inexpresivos y el resto de su rostro es un remedo de lo humano. La nariz apenas es un trazo quitinoso sobre una boca sin labios que se curva en una mueca que parece una sonrisa, incluso creo adivinar sobre sus branquias un plagio de orejas que adornan la cara de la bestia que me observa. El cuerpo es una sombra sumergida de la que apenas distingo unos apéndices alargados que se mueven en círculos manteniendo al ser al lado de la balsa. Mantenemos las miradas lo que me parece una eternidad, hasta que con lentitud la máscara asciende lentamente hacia mí y su hocico fuera del agua con voz de fango pronuncia mi nombre antes de sumergirse y desaparecer. El bote cabecea en la oscuridad durante horas sin que consiga reaccionar y la repugnancia se mezcla con el extraño consuelo de haber oído pronunciar mi nombre por primera vez en una eternidad.

Las jornadas que siguen son extrañas. Bandadas de peces sonrientes me rondan cada vez más atrevidos, chapoteando, saltando fuera del agua e incluso tirando de mis remos con los que yo termino intentando golpearlos. Al anochecer uno de ellos, siempre el mismo, se acerca y me llama cada vez con más nitidez. Yo le miro intentando interpretar su expresión hasta que concluyo que ésta no es más que un reclamo, el resultado inhumano de una evolución cuyo propósito desconozco. Quiero creer que el sonido de mi nombre no es más que una coincidencia, pero tras varios días varado ansío que caiga la oscuridad para volverlo a oír. Al fin una noche la bestia emerge a mi lado y tras observarme levanta hacia mí una de sus extremidades, una especie de garra palmeada. Sus ojos de pez me miran con intensidad, invitándome, y mi mano, casi sin yo quererlo se alarga hasta estrechar la zarpa helada. Se tirón me hace caer por la borda. El agua fría me traga y siento como el engendro sin soltarme me arrastra hacia el fondo. Experimento un solo instante de pánico antes de comenzar a nadar con los demás y, mientras descendo eufórico entrelazado con un torbellino de cuerpos, a través de la superficie, distingo el resplandor blanco de la luna extinguiéndose a lo lejos sobre el que se dibuja la silueta oscura de mi balsa que queda flotando abandonada a la deriva.

<http://josemelero.blogspot.com>



Últimos libros del autor:

- La soledad del husar
- Los territorios del sueño
- Conflictividad y violencia en los centros escolares



Una taza de té con la abuela

narra la leyenda que, corriendo el siglo VI, Bodhidharma hizo promesa de permanecer nueve años desvelado con objeto de meditar, mas el sueño le rindió. Al despertar se arrancó los párpados y, furioso, los arrojó al suelo. De la sangre derramada nació, mediante la ayuda y agudeza de los cuentistas, la planta del té.

Es historia fabulosa de la China milenaria, que ha logrado trascender al presente.

Voy a tener que agradecerle al fundador del budismo Zen el hecho de que, siglos después, esté saboreando las delicias que al paladar proporciona el llamado *liquido de jade*. Me refiero a ese producto de frescas y lustrosas hojas, de remarcados nervios y bordes aserrados, que ingerimos para solemnizar los actos profanos, que no por culto divino.

Lo disfruto ahora junto a mi entrañable abuela.

Dice ella que el árbol, silvestre y perenne, florece en primavera, convirtiéndose los fragantes brotes en pequeños frutos. Digo yo:

- Tú floreces todos los días sin necesidad de intercambiar proceso alguno de polinización.

He proclamado el halago fijándome en los pliegues de su nivea piel, tiernos como el humus acariciado por el rocío de la mañana.

Recreándome en la contemplación, sostengo entre los dedos una artística taza del tono azul que Lu Yu consideraba ideal para paladear la infusión.

Los orientales reconocemos que nos resultaría imposible vivir sin el té al alcance de la mano, pero incierto es que lo bebamos pensando en gozar de larga existencia. Sí creemos que la disolución obtenida de las aromáticas hierbas alivia el cansancio del cuerpo débil y la fatiga del alma peregrina. Valorando la contribución de los poliféneos, prevalecerá el placer anímico de degustarlo.

Considerándonos iguales en lo espiritual, mi abuela y yo somos diferentes en el aspecto físico; sus rasgos europeos, de afrancesada luminosidad, contrastan con los míos, de marcado origen asiático.

Esboza la vetusta dama una sonrisa que le enciende el rostro celestial. Las comisuras de los labios apenas son expresión de la ancianidad. Cumplidas ochenta primaveras, su semblante es el retrato de la insensibilidad, de lo que no envejece.

enviudó demasiado pronto, antes de que mis padres me trajesen al mundo; unas malditas y rebeldes fiebres, mal diagnosticadas, acabaron con la cómoda y corta vida de su cónyuge.

La buena mujer, arraigada al suelo y a las costumbres como el parasol chino, soportó a pie firme el triste suceso. A diferencia de dicho árbol, al que dañan las heladas fuertes, consiguió mantener la savia; logró que el corazón resistiera, y serenó dolorosos recuerdos. Circunstancias adversas añadidas condicionaron que nuestros caminos convergieran y llegaran a unificarse.

Al abuelo de quien hablo poco le conoció mi madre, puesto que falleció al mes de nacer ella. Quedarse huérfana temprano creó tal sentimiento en la niña que, ya esposa, nunca dejaría solo a



Álvaro Díaz Escobedo

Inmejorable anfitriona, domina el rito tradicional. Haciendo que el ceremonial resulte sugestivo, añade a la arquitectura interior la naturaleza hecha arte y plástica: los rollos pintados, las piezas de caligrafía, el arreglo floral, las cerámicas y el incienso, además de los kimonos y abanicos.

su marido; abandonándome a mí, acompañábale siempre. Atendiendo los complejos negocios de la seda, viajaban mucho.

En un principio, el apreciado gusano solamente podía criarse en la corte del Imperio, aunque

soluble unión con la recia señora, estrechándose los lazos de la comprensión y del respeto mutuo.

me distraigo oyéndola contar anécdotas de los periplos realizados a través del Viejo Continente. Experiencias al margen, argumenta que, siendo diversos los medios de locomoción, no existe mejor vehículo que el de la imaginación, ni mayor tesoro escondido que las gratas remembranzas de la infancia y de la juventud. Afirma haber vivido feliz montada en las alas del pensamiento y de la ilusión.

La música forma parte de sus muchos y exquisitos gustos. Aparte de los estudios desarrollados en las escuelas de profesores como Zheng Ri-hua o Lee Soo Sin, en la década de los sesenta, durante la revolución de Mao, dio cursos de solfeo y práctica instrumental en Pekín y T'ai-pei. De ahí que en determinados momentos del atardecer se retire a los salones privados a tocar el piano. Auténtica caja de sorpresas, también interpreta obras de Cheu Ho-Rodín con el laúd del pipa, que en cultura musical es similar a la guitarra española; o pulsa el *ku-chin*, la cítara de siete cuerdas, dejándose llevar, en el marco de las sensaciones subjetivas, del influjo que sobre el sentir ejerce el sonido de los instrumentos.

La habitación en que estamos mantiene las dimensiones clásicas que estableciera Murata Shuko para tomar el té: cuatro esteras y media, o sea, unos diez metros cuadrados.

Se desenvuelve la longeva mujer sin alterar el ritmo de las cosas. Sabe que ningún gesto ha de perturbar la armonía general; ni ninguna palabra, por pronunciada a destiempo, romper la unidad del ambiente. Los movimientos deben realizarse de modo sencillo y natural.

Inmejorable anfitriona, domina el rito tradicional. Haciendo que el ceremonial resulte sugestivo, añade a la arquitectura interior la naturaleza hecha arte y plástica: los rollos pintados, las piezas de caligrafía, el arreglo floral, las cerámicas y el incienso, además de los kimonos y abanicos.

Tengo morada en la provincia de Zhejiang, próxima a donde radica la afamada Casa Xi Hu Longing. Pues bien, a pesar de ello y de la influencia que pudieron ejercer mis ancestros, soy incapaz de distinguir el té blanco de Fukien o el vaporoso *gyokuro*, conocido como "rocío de rubí" debido a su color; ni siquiera el *oolong* que sirven en los restaurantes.

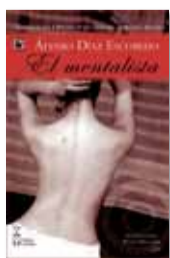
- Estás tomando Pi Lo Chan - me informa la abuela, atenta y sonriente, para añadir sapiencia y sacarme de posible confusión -: Raro y valorado, se fabrica una sola vez al año. Guarda un sabor afrutado.

Uncido por su ternura, reconozco el inconmensurable valor de reconocerme nieto suyo. Mirándola profundamente a los ojos, entusiasmado, declaro en voz alta:

- Estoy convencido de que, al pensar en la *camellia sinensis*, los taoístas te imaginaban a ti.



<http://diazescobedo.blogspot.com>



Último libro del autor:

- El mentalista
- Esencia de mujer

La ciudad crepuscular

el frío y el oscurecer temprano del otoño nos muestra un rostro crepuscular de la ciudad; pasear por sus calles bajo la lluvia, despoblada a ciertas horas de la noche, propicia la introspección de una mirada diferente al tiempo. Es un cruce de caminos, una especie de ir hacia ningún lugar, pero que produce la sensación de que al igual que el otoño tiene un sabor de estación de paso, nos encontramos en espera de otra cosa, aunque no sepamos exactamente lo que es. Se trata de una especie de vacío, pero éste sólo es una disposición que llena ese hueco, pues como dijo el escritor italiano Italo Svevo: "Puede ser que el tiempo no exista, como aseguran los filósofos, pero lo que es innegable que existen los recipientes que lo contienen y que éstos están casi herméticamente cerrados. Tan sólo algunas gotas se derraman y pasan de uno al otro." Un autor ligado a una ciudad, Trieste, que es ante todo un lugar fronterizo, un cruce de caminos, y que fue la atalaya desde donde observó como los problemas personales más íntimos, forman parte del entorno que nos rodea.

en aquella época, Trieste era una ciudad atormentada por su propia historia de contradicciones, habiendo pertenecido a un imperio desaparecido (el austro-húngaro), para luego adherirse a Italia, con diversas minorías e identidades conviviendo en su seno. Pero también es un lugar vanguardista y cosmopolita; unas contradicciones que se verán reflejadas en su propia obra. Porque Italo Svevo lanza ante todo una mirada a los crepúsculos, los externos y los internos, aquellos que anidan en el alma. De ahí nacen "Senectud" y la "Conciencia de Zeno", uno de los grandes libros del siglo XX. Un poco a la manera de Kafka, la mirada de Svevo está encerrada entre las calles de la urbe que habita, pero no por eso deja de construir una cosmovisión universal, porque nos habla de la ciudad que se va configurando con el siglo. Es la ciudad donde las clases se mezclan pero no se diluyen, sino que instaura otras estructuras, a veces difíciles de percibir, pero que persistirán con diferentes cambios hasta la que habitamos en la actualidad. Es la victoria del espíritu burgués, una burguesía de la que el propio Svevo forma parte y que estuvo a punto de apartarle de la creación literaria, debido a sus dedicaciones profesionales y a la repercusión escasa de su obra. Por eso quizá su contemplación, la descripción que realiza de ese mundo, será como un dardo en profundidad, aparentemente leve, pero destructor y disolvente de ese mundo. Porque desnuda el primigenio espíritu burgués, rebelde e inconformista, para mostrarlo en su monotonía, en su repetición, en esa ciudad que puede convertirse en una ciudad llena de luces, pero seguirá siendo una ciudad oscura que no tiene otro destino, sino dar vueltas sobre sí misma, incluso en su propio progreso. Es ese New York de los rascacielos del que hablaron Lorca, Juan Ramón Jiménez o José Hierro, entre otros.

Los crepúsculos de Svevo, ya sea en "Senectud" o en "Una Vida", su primera novela, no nos hablan sólo de la decrepitud o el envejecimiento, sino de otra senilidad que no viene únicamente marcada por la edad. Nos dibuja personajes incapaces de asumir su propia responsabilidad, de cambiar su destino, de dialogar con sus sentimientos y sensaciones. De algún modo nos está hablando de la búsqueda de la esencia de cada ser humano, esto es, la capacidad de rebelarse contra lo que podría ser un destino prefigurado y la desidia



Pedro Antonio Curto



para no hacerlo. Nadie es plenamente consciente de ello y es posible dejarnos arrastrar por una rutina que creemos es la felicidad, la estabilidad, pero sólo es sobrevivir sobre la tabla de un naufrago.

codificado de sensaciones, que tiene el paseante que se asoma a quien como Svevo, se atreve a plasmar esas sensaciones sobre el papel.

a sí sus personajes se someten a un dejarse ir en que los somete la ciudad provinciana de Trieste (y todas las ciudades lo son algo, incluso las más cosmopolitas) ejerce una opresión, una cárcel de cristal de la que es imposible salir. Son esos círculos que Kafka señalaba en el mapa, que componían su vida y de los que nunca había logrado escapar. Es una suerte donde el ciudadano padece una orfandad que lo entrega a esa ciudad crepuscular que a veces se muestra engañosamente como destino.

decía Vázquez Montalbán que nada podía ser tan turbador como el paseo por una ciudad en plena descomposición de las estaciones. Y es que el otoño urbano, a pesar de estar suavizado por la arquitectura que lo rodea, por sus luces y creaciones artificiales, es una metamorfosis de la naturaleza superviviente, que diluye sus fronteras con la naturaleza emergente y venidera. Es ahí donde está la ciudad crepuscular, en esa intersección que crea un vacío, pero también un lugar para el cambio, para la creación. Porque junto a un reguero de hojas muertas y caídas, se asoman los brotes de algo nuevo. Es un lenguaje

no sé por qué pero hay autores que uno asimila con diversas formas, más ligados a la luz, a la oscuridad, al calor, al frío y éste autor italiano, con una obra no muy amplia, se me asemeja con el otoño y los crepúsculos. Quizás debido a ser una persona de encrucijadas, por su mezcla

de un origen judío alemán y ser italiano, una mezcla que llevaba en su propio nombre artístico (el auténtico era Ettore Scmitz) donde están los italianos y eslovenos que componen su ciudad, por hablar de las decrepitud y el envejecimiento, por pertenecer a esa literatura *mitteleuropea*, que supo mirar a los recónditos espacios del hombre y su destino.

es posible que paseando por las calles triestinas, Italo Svevo sintió esa opresión de la ciudad crepuscular, en la que sin embargo tan cómodo es vivir y donde el ejercicio discreto de la literatura, suponía para él una forma de romper esas fronteras. Es posible que por eso escribiese: "Acabaré mi vida con un cuaderno en mano, como mi difunto padre". Era el primer capítulo, único que escribió, de una novela inacabada, cuando le sorprendió la muerte en un accidente de tráfico, hace ahora ochenta años.

Los crepúsculos de Svevo, ya sea en Senectud o en Una Vida, su primera novela, no nos hablan sólo de la decrepitud o el envejecimiento, sino de otra senilidad que no viene únicamente marcada por la edad. Nos dibuja personajes incapaces de asumir su propia responsabilidad, de cambiar su destino



Últimos libros del autor:

- Los viajes de Eros
- El tango de la ciudad herida
- Un grito en la agonía
- Crónicas del asfalto



Es decir poco

afirmar que era bella es decir poco. Excedía los cánones de belleza del S.XXI. Aquellas privilegiadas que entre las mujeres consideradas guapas, afortunadas, llegaban a lo más alto de la lista de belleza, parecían una niñas raquíticas al compararlas con ella; en sus formas perfectas empezaba la escala de valores en la que ella y casi nadie más podría entrar. Sin duda no se molestó en presentarse a Miss Mundo por no considerar a nadie digna de competir con sus formas. A su lado las más perfectas modelos de alta costura eran sacos de huesos, choricillas resultonas, sin más. Una señora jaca, como las mejores yeguas jerezanas de carreras o preparadas para exhibiciones de doma. Pero en mujer. Se puede figurar. Debía dar por hecho que los hombres, los machos, eran inferiores, una especie boba y ajena, porque jamás vi a ningún tipo contemplarla sin dejar caer el labio inferior babeante y abrir los ojos desmesuradamente.

yo no sabía nada de su pasado, ni quería saberlo. Acababa de cumplir, soltero y afortunado, cuarenta años y mi pasado de galán sin problemas financieros ni amorosos me había creado una capa de escepticismo por la cual nada de cuanto pudieran contarme me podría importar. Si alguien hubiera pretendido que no me interesara íntimamente por ella aduciendo algún vicio, alguna tara, un pasado terrible, habría pedido a mi cocinero que le hubiera echado de mi residencia sin miramiento alguno. Porque era la perfección; acababa de cumplir los veinticuatro años, tenía una perfecta piel tersa, blanca, brillante, como si hubiera vivido en Siberia, una de esas pieles perfectas que imaginamos en las esclavas más superiores. Su melena, de un rubio pajizo deslumbrante, era suave, más que la mejor tela, y si bien su cabello resultaba finísimo al tacto, tal era la cantidad que poseía que parecía una de esas melenas imposibles logradas sólo a costa de extensiones falsas. Pero no, era suyo; suyo y perfecto. Sus ojos... debería inventar palabras para definirlos, el idioma es tan mínimo en ocasiones, eran de un azul clarísimo y brillante, como si se vieran a través de un agua purísima y casi helada, un azul casi blanco, puro brillo. No se podían mirar fijamente, porque mi alma salía y se resbalaba hasta el fondo infinito de aquellos ojos. Su naricilla, breve, fina y respingona, hubiera sido el modelo ideal para Fideas, Donatello, Miguel Angel o Cellini. La diosa antigua que causaba la perdición de los hombres que Mérimée describió en uno de sus relatos, hubiera aceptado ser convertida en polvo por tener un día esa nariz. Y los labios, me estremezco al pensar en ellos, corre electricidad por mi cuero cabelludo, por mis brazos, se contrae mi cuerpo, jadeo, mire como tiemblan mis manos al pensar en mis labios, como surge la saliva en mi boca. No puedo casi hablar. No eran de esos labios casi perfectos salidos de los mejores quirófanos; en absoluto. El mejor cirujano hubiera dado su vida por delimitar aquellos labios alargados, regordetes, siempre húmedos. Cien veces me pregunté que cruce genético habría dado origen a aquella perfección de rostro, de pómulos ligeramente abultados, de hoyuelos pícaros. Pero aquello era como sólo el aroma del mejor armagnac. Tenía que venir el primer trago, el sentido de la perfección acariciando tu lengua. Como ese trago que se recuerda toda la vida eran sus senos. Cualquier comparación con las cúpulas de las más grandiosas catedrales, que hacen los poetas en honor de sus amadas, sería infantil. No lo intentaré describir. ¿Para qué? Es como cada



Miguel Angel de Rus



vez que alguien intenta hacerte comprender la existencia de su dios con palabras y sólo consigue con sus homenajes que descreas más aún. Esa perfección de formas, redondeadas, duras y elásticas al mismo tiempo, como de niña aún, esos pezones largos, duros, sensibilísimos, esas areolas grandes de un rosa oscuro. ¿Qué podría yo, simple mortal intentar decir? Si intentara describir su vientre plano, pero no uno de esos vientres trabajados en un gimnasio o en una piscina, sino un vientre liso, elástico, redondeado, que era así porque sus padres le dieron unos genes imposibles de repetir... con esa piel blanca, casi transparente, que al tocarla me disparaba la adrenalina y los latidos en las sienes, si yo intentara describirlo... ¡Sería ridículo, merecería la muerte sólo por intentarlo! Pero, ¿por qué hablo de tanta belleza, por qué no seguir con esas mil dotes magistrales que ocultaban su cuerpo, esa humedad y esa temperatura perfectas? El mismo intento de describir aquella perfección sería como un niño escribiendo una redacción sobre la belleza que el Partenón pudo tener en su día. Porque además de ser la más bellísima jaca, la hembra más sensual que dieron los tiempos, ante cuyo esplendor las musas de los poetas más sublimes se pudrirían de celos, era una mujer inteligente, que comprendía el mundo, a la que no era necesario casi hablar; y culta, culta como pocos hombres lo han sido. Hablar con ella era escucharla, sólo escucharla, en pleno deleite. Cualquier cuestión de la que hablara la dominaba a la perfección. Aseguraba que había leído más de tres mil libros y la creía. Era una experta en la literatura del Siglo de Oro Español, en el XIX francés, hablaba de escultura, de arquitectura y de urbanismo con tal aplomo que yo, hombre de inmensa cultura y que ha viajado y conocido cuanto es necesario, la adoraba como a esa profesora que nunca tuve y hubiera querido tener para amarla. Oírla desgranar las ventajas de las terapias genéticas y de la clonación reproductiva, con los argumentos del mayor científico, pero explicados como a un adolescente, o hablar de la necesidad de derruir la mayoría de las ciudades de occidente y reconstruirlas al modo del París de Haussman, con datos irrevocables, o razonar la necesidad de

que tuviéramos un siglo civilizador para continuar el camino evolutivo del hombre, desde el animal hasta el ángel, con expresiones que ningún líder religioso hubiera podido rozar... me hacían adorarla como nadie ha merecido adoración.

Comprenderá que cuantos se acercaban a intentar hablarme mal de ella, no lo lograrán ser oídos, y que fueran expulsados de mi círculo de amistades. Un día, en la televisión mencionaron su nombre; esa simple mención hizo que la desconectara y que dijera a mi cocinero que se la llevara de mi casa. Prohibí la entrada de periódicos o revistas en casa, me negué a cualquier forma de recibir información, porque lo mejor de todo era que ella me trataba con el mayor mimo, destrozando la imagen de las mejores geishas, que gozaba de mi cuerpo con una furia y una sensualidad que nunca había imaginado a pesar de estar con amantes casi perfectas. Era el cielo que las religiones ofrecen a los creyentes, pero yo lo tenía de verdad. Comprenderá que cuando un amigo me llevó a casa una revista de cuando ella tenía dieciocho años en la que se la veía completamente desnuda, con comentarios tan elogiosos como vulgares, hablando de su perfección, cuando me gritó que había estado seis años en la cárcel por un crimen, no mirara aquellas fotos, no le escuchara, y golpear a mi amigo antes de desterrarle de mi mundo. Aquella noche ella me amó, cómo... Nada diré. Es imposible. Cuánta ternura en sus ojos, cuánta pasión.

en ocasiones ella intentó hablarme de su vida anterior. Juraba que no era la perfección que yo soñaba, sino un ser inferior que no merecía mi amor. La hacía callar. Prefería morir en una ficción perfecta a vivir en una realidad normal.

tanto la amaba que un día llegué a casa con mi testamento. Había organizado todo de tal forma que a mi muerte, ella se quedara con mis posesiones, cuantiosas, pero que no me daban la felicidad que ella. Estábamos sentados en la cocina, haciendo el segundo desayuno de la mañana, cuando lo vio. Lloró de emoción, me besó con sus labios perfectos y amados, se alejó hacia el aparador entre sollozos. ¿Cómo no adorarla? Me acerqué hacia ella, lleno de amor; ella se volvió de un modo rápido y con un cuchillo de hoja fina y larga me asestó un golpe casi perfecto que hubiera debido ser mortal, pero que pasó a sólo dos milímetros de mi bazo. Miré el chorro de sangre, ella se movió a su derecha, y en aquel fatídico momento, descargué toda la fuerza de mi brazo derecho en un puñetazo en la barbilla que la hizo salir despedida hacia atrás. Dicen que al caer se golpeó en la base del cráneo y murió en el acto. Es lo que me dijeron, al menos, cuando volví en mi. En la habitación de un hospital custodiada por un policía. Mi cocinero me salvó; curioso.

Comprenderá que me arrepienta. Hubiera debido dejarme morir. Mi respuesta fue un acto reflejo. Incluso así lo comprendió el juez, que me liberó. Hubiera debido morir con la imagen de sus labios sorprendidos, de sus ojos expectantes, de sus cabellos flotando, de sus senos brillantes bajo la camiseta de seda. Hubiera tenido una imagen perfecta para la eternidad de la nada. Ahora... ahora, sólo tengo la vida. Sólo tengo la vida. ¿Comprende? Soy el peor criminal de todos los hombres y mi condena es vivir.

<http://perso.wanadoo.es/miguelangelderus> • <http://miguelangelderus.blogspot.com>



Últimos libros del autor:

- 237 razones para el sexo, 45 para leer
- Donde no llegan los sueños
- Evas
- Malditos
- Europa se hunde
- Dinero, mentiras y realismo sucio
- Putas de fin de siglo
- Cuentos Irreverentes
- Bäsle, mi sangre, mi alma



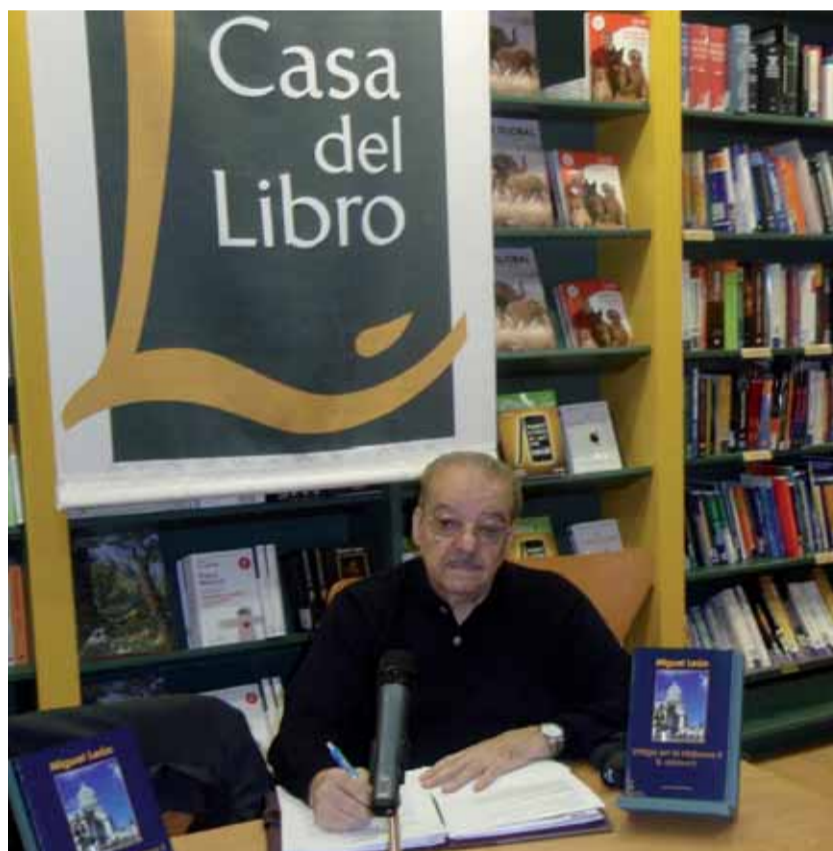
Luis Alberto de Cuenca presentó “Manos de Visión”, de Sasi Alami

“Manos de visión” es el nuevo libro de poemas de Sasi Alami, en el que la autora muestra que, a pesar de su juventud, ha llegado a la madurez de su estilo. En estos versos se nutre del amor, del desamor, la soledad, el destino, la alegría, el éxtasis y el caos. Afirma Luis Alberto de Cuenca, “Su poesía amorosa está inserta en la gran poesía amorosa oriental. Trata temas eternos situándolos en escenarios actuales. Manos de visión Es un libro extremadamente delicado. Parte de una poesía de la intimidad y llega a ser un libro sabio, un libro que dialoga con una gran amplitud de culturas.” La autora está dando recitales de promoción de su obra por toda Andalucía.

Se presenta en Valencia y Orihuela “Intriga en la Habana II, el desenlace”, de Miguel León

León estuvo acompañado en la Casa del Libro de Valencia por Javier Hernández Guillén, quien hizo una gran defensa de esta novela de política ficción, en la que los dirigentes cubanos, hartos de la presencia de la base militar de Guantánamo en su país y ante el bloqueo norteamericano, deciden tomar la iniciativa e iniciar una Guerra Fría contra el Imperio. Con la presencia de Fidel Castro en la ONU, quien hace un incendiario

discurso anti-norteamericano, comienzan a desencadenarse una serie de actos de propaganda tendentes a hacer creer a la opinión pública mundial que hay un complot contra Estados Unidos en el que Cuba se ha unido a los países musulmanes y que puede desencadenar, incluso, una guerra nuclear. Cuenta con la colaboración de destacados dirigentes musulmanes y de la cadena de televisión Aljazeera.



Abellán presenta “El silencio perturbado” en la Universidad de Murcia

Isabel María Abellán presentó al público y a los medios de comunicación el libro “El silencio perturbado” en el Hemiciclo de Letras-La Merced, de la Universidad de Murcia.

En este libro, que resultó vencedor del III Premio Internacional Vivendia de Relato, “el silencio que han dejado tras de sí los que ya no están y la incredulidad que invade a los que aún no se han ido, forman una débil línea que desdibuja los límites entre lo real y lo deseado. También regresa el pasado en esas dos niñas que corren cogidas de la mano en una mañana gélida de invierno camino del colegio. En los maestros que soñaron con una escuela pública diferente a principios del siglo XX. Lo imposible también está en la libertad convertida en delito por todas las dictaduras. Por encima de todo está la amistad. El silencio perturbado no es silencio, es la voz que regresa de todos los que una vez vivieron intensamente.”

Se presenta “El juglar de Languedoc” en Zaragoza, Huesca, Madrid, Jaca y Barbastro



La prensa ha definido “El juglar de Languedoc” como la mejor novela escrita sobre la época de los cátaros. El oscense Joaquín Sánchez Vallés reconstruye uno de los momentos más interesantes de la Historia de Occidente en esta obra que narra hechos históricos, y describe los paisajes y los ambientes donde se desarrolló el amor cortés cantado por los trovadores. Es una novela histórica rigurosa, con un lenguaje elaborado que recorre la figura apasionante, sorprendente y real del trovador Peire Vidal. Según el autor es una “novela poética que habla de la microhistoria, de la vida cotidiana en una época que hubiera cambiado sustancialmente el mapa de Aragón y habría hecho muy distinta España de cómo la conocemos actualmente, si es que hubiera existido como tal”.



Presentaciones de “Mi planeta de chocolate” de Manuel Cortés

Presentado en la Casa del Libro de Madrid por el novelista mexicano Juan Patricio Lombera y

por el español J. Enrique Canabal, varios de los actos de presentación de la nueva novela de Ma-

nuel Cortés Blanco han contado con más de un centenar de asistentes. “Mi planeta de chocolate” es un extraordinario libro sobre los niños de Morelia.

Aquellos niños dejaron España en plena Guerra Civil, para buscar refugio en México. El drama personal de uno de ellos es el argumento que utiliza Manuel Cortés Blanco para relatar un viaje por los sentimientos humanos, para descubrirnos cómo debajo de los grandes acontecimientos políticos existen historias personales que debieran ser lo que más nos importara. El libro ha recibido un extraordinario tratamiento no sólo por la prensa de España, sino también por la de México, Argentina y Estados Unidos. El autor ha cedido sus derechos a Aldeas Infantiles SOS.



Hazañas patrias: Soberanismo equinoccial

“E que como nuestro emperador tiene muchos reinos e señoríos, hay en ellos mucha diversidad de gentes, unas muy esforzadas e otras mucho más, e que nosotros somos de dentro de Castilla, que llaman Castilla la Vieja e nos dicen castellanos, e que el capitán que está ahora en Cempoal, y la gente que trae, es de otra provincia, que llaman Vizcaya, e se llaman vizcaínos, que hablan como los otomíes...”

Cita de Bernal Díaz del Castillo:
Hernán Cortés explicándole el Estado
de las Autonomías a Moctezuma.

La conquista de América propició pronto movimientos de carácter separatista con respecto a la Corte de Madrid. Los primeros expatriados de las islas del Caribe, cuando las comunicaciones con España eran pocas y esporádicas, y no se podía contar con la metrópoli ni para el más elemental equipamiento, optaron por adaptarse al modo de vida de los indígenas y erigirse en sus caciques y jefes militares gracias a sus mejores armas y conocimientos de combate. Cuando llegaron las grandes expediciones estos españoles renegados tuvieron que elegir entre volver al redil o ser exterminados. Este proceso, en diferentes modalidades, se fue dando con los primeros habitantes de todos los nuevos territorios y fue especialmente virulento en el caso del Perú, donde los conquistadores, convertidos en encomenderos, no aceptaban someterse a los cortesanos venidos de Madrid, que solo tenían en su haber un documento firmado por el Rey.

Esta situación propició muy pronto movimientos separatistas. Uno de los más notorios, conocido como “El Plan Ibarretxe-Lope de Aguirre”, se inició en el año 1560, en la que fue llamada Jornada de Omagua y Dorado, culminando su desarrollo en el año 2003, en un borrador de propuesta de marco de relaciones entre Euskadi y el Estado Español basado en la libre asociación. Este operación política consta de dos fases, separadas por casi 450 años, y se expresa en dos documentos complementarios: la carta que Lope de Aguirre remitió a Felipe II y el texto del Plan Ibarretxe.

Hemos ensamblado - mediante un brillante trabajo de síntesis - partes literales de ambos documentos en uno solo, lo que permite obtener la visión de conjunto y, de paso, comprobar que se trata de una historia añeja. He aquí el resultado de tal prótesis histórica:



Rafael
Domínguez



Últimos libros del autor:

- Las aventuras de Dios
- La firma cristiana como marca
- Historias extremas de América
- Historias del sexo prohibido
- Estructura social española
- Las excursiones americanas de los españoles

<http://rafaeldominguez.blogspot.com/>

Al Rey Felipe natural español (de los de abajo), hijo de Carlos, invencible, te escribe Juan José Ibarretxe, tu mínimo vasallo, natural vascongado, de la villa de Bermeo, en veinticuatro años te he hecho muchos servicios en el Pirú, en conquistas de Indias y en poblar pueblos en tu servicio. Como Vasco soy depositario de un patrimonio histórico y cultural singular, disgregado lamentablemente entre Euskadi, Nafarroa, Behenafarroa, Lapurdi y Zuberoa.

Creo excelentísimo Rey y Señor, aunque para mi y mis compañeros no has sido tal, sino cruel e ingrato a tan buenos servicios como has recibido de nosotros. Avisote, Rey español que yo, por no poder sufrir más las crueldades que usan estos tus oidores, Visorey y gobernadores, he salido de hecho con mis compañeros, cuyos nombres después diré (pero nunca antes de las elecciones), de tu obediencia, y desnaturándonos de nuestra tierra, que es nuestro status político, social y cultural, así como el marco de relaciones que deseamos tener. Mira, mira, Rey español, que no seas cruel a tus vasallos, ni ingrato, pues estando tú en los reinos de Castilla, sin ninguna zozobra te han dado tus vasallos, a costa de su sangre y hacienda, tantos mercados y activos financieros como estas partes tienen. Por seguro lo tengo que van pocos reyes al infierno, porque sois pocos. Y ciertamente a Arzallus, hago solemne voto, yo y mis doscientos arcabuceros marañones, conquistadores, peneuvistas, de no dejar ministro tuyo sano, porque yo se hasta donde alcanza tu clemencia.

Mira, mira, Rey, a los del Gobierno no les creas lo que te dijeren, pues las lágrimas que allá echan delante de tu Real Persona, es por venir acá a mandar. Repara, Rey y Señor, en que no puedes llevar con título de Rey justo ningún interés destas partes donde no aventuraste nada - si descontamos el billón de pesetas que le costó al Estado Español el asunto de la gota fría-, sin que primero los que en ello han trabajado sean gratificados.

En consecuencia, yo, Lope de Aguirre el peregrino, con el refrendo del capitán de mi guardia Roberto de Coca, su alférez Nuflo Hernández, nuestro pagador Juan López de Ayala, el barrachel Bartolomé Sánchez y nuestro padre Xavier Arzallus, me instituyo como Lehendakari y en cumplimiento de mi alta misión, designaré y separaré a los Consejeros del Gobierno, dirigiré su acción, ostentaré la más alta representación de la Comunidad Libre Asociada de Euskadi y orientaré la nave de la nación euskaldün hacia un nuevo horizonte de libertades.

Y caminando nuestra derrota hacia la independencia, pasando todas estas muertes y malas venturas en este río Marañón, tardamos hasta la boca del estatuto libre asociado cualquier cantidad de años: caminamos cientos de jornadas; anduvimos más de mil y quinientas leguas. Es río grande y temeroso: tiene de boca autonómica ochenta leguas de agua dulce. Por muchos brazos esconde grandes bajíos constitucionalistas que hacen encallar las naves y, más allá, ochocientas leguas de desierto sin ningún género de poblado, hasta alcanzar las fértiles islas del reconocimiento europeo.

¡Sabe Dios como nos escaparemos deste lago tan temeroso! Pero ya no hay quien nos detenga porque estamos cortando los puentes. Avisote Rey y Señor, no proveas ni consentas que se haga alguna armada con el fin de estorbar esta huida hacia delante tan mal afortunada, porque en fe de cristiano te juro, Rey y Señor, que si vinieren cien mil hombres, ninguno escape, porque la relación es falsa, y no hay en el río otra cosa, que desesperar, especialmente para los chapetones de España.

Y otra cosa: No se te ocurra enviar contra nosotros a los navarros (me refiero a esa tribu de bípedos dotada de una gran cresta roja, que habita en la montaña y que, periódicamente, debidamente confesada y comulgada, descende a los valles y ataca al hombre), como hiciste en las Guerras Carlistas y en la Guerra Civil, porque si bien es cierto que nos dieron siempre hasta en el carné de identidad, no tiene por qué salirte bien todas las veces.

Hijos de fieles vasallos en tierra vascongada, y rebeldes hasta la muerte por tu ingratitud

Lope de Aguirre el Peregrino, de Oñate
Juan José Ibarretxe el Lehendakari, de Bermeo

Los libros que el Ayatolá y el Papa no han conseguido retirar de las librerías

Dos alegatos ateos que harían santiguarse a Leo Bassi

Sólo Ediciones Irreverentes podía publicar algo así

